

FRANCESCO GUICCIARDINI

DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL

ESPASA - CALPE ARGENTINA, S. A.
BUENOS AIRES - MÉXICO

Espasa Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires, 1947
[Ricordi, 1528?]

Primera edición popular para la COLECCIÓN
AUSTRAL

Edición y versión del italiano por Felipe González
Vicen

Queda hecho el depósito dispuesto por la ley N°
11.723

Todas las características gráficas de esta colección
han sido registradas en la oficina de Patentes y
Marcas de la Nación.

Copyright by Cía. Editora
Argentina, S. A. Buenos Aires, 1947

IMPRESO EN ARGENTINA

P R I N T E D I N ARGENTINE

*Acabado de imprimir el 28 de noviembre de **1947***
Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A. - Iriarte 2055 -
Buenos Aires

PRIMERA SERIE

Si bien es cierto que el ocio solo no da origen a elucubraciones, es difícil que nazcan elucubraciones sin ocio.

1. Los ciudadanos que apetecen honores y gloria en la ciudad son útiles y dignos de alabanza, siempre que no busquen aquéllos y ésta por medio de conjuras y de usurpaciones, sino tratando de ser tenidos por buenos y prudentes y de laborar por la patria; y ojalá Dios quisiese que nuestra república fuera la primera en esta clase de ambiciones. Perniciosos son, en cambio, aquellos que hacen de la grandeza su fin, porque quien toma a ésta por ídolo, no reconoce freno ni en la justicia, ni en la honestidad, y saltaría por encima de todo con tal de conseguirla.

2. Quien no es en verdad buen ciudadano, no puede a la larga ser tenido por tal. Por eso, incluso aquellos que quisieran más bien parecer que ser buenos ciudadanos, es preciso que se esfuercen en serlo, so pena de no poder parecerlo al fin.

3. Los hombres se inclinan naturalmente al bien, de suerte que, siempre que no extraigan placer o utilidad del mal, a todos les place más el bien que el mal. No obstante, por ser su naturaleza frágil y por ser infinitas las ocasiones que les invitan al mal, los hombres se apartan fácilmente y por su propia voluntad de las inclinaciones naturales. Por esta razón, no para violentarles, sino para mantenerles fieles a su natural, legisladores sabios inventaron [**10 GUICCIARDINI**] el acicate y el freno, es decir, el premio y la pena, ambos tan necesarios, que si dejan de usarse en una república, son rarísimos los ciudadanos de la misma de los que pueda decirse que son buenos. Día a día tenemos la experiencia de ello en nuestra misma Florencia.

4. Si se oye o lee de alguien que sin interés ni provecho para él ama más el mal que el bien, bien puede decirse que se trata más de bestia que de hombre, pues le falta aquel apetito que es común naturalmente a todos los seres humanos.

5. Grandes son los defectos y desórdenes que hay en un régimen popular, y sin embargo, en nuestra ciudad los sabios y los buenos ciudadanos lo aprueban por menos malo.

6. De aquí puede concluirse, por tanto, que en Florencia quien es sabio es también buen ciudadano, ya que si no fuese buen ciudadano no sería sabio.

7. La generosidad que place a los pueblos, es raro que se dé en los hombres verdaderamente sabios; por ello no es tan laudable la apariencia de generosidad como la condición de hombre maduro.

8. Los pueblos aman en las repúblicas un ciudadano que haga justicia; a los sabios, en cambio, les rinde más reverencia que amor.

9. ¡Cuántas más son las razones que dicen que la república nuestra ha de decaer en breve, que las que pueden persuadirnos de que la conservaremos mucho tiempo!

[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **11**]

10. Más son las veces que el que tiene buen juicio se vale del que tiene ingenio, que al contrario.

11. No es en nada contrario a la igualdad propia de un régimen popular que un ciudadano tenga más reputación que otro, siempre que esta reputación proceda del amor y la reverencia generales, y siempre que el pueblo tenga facultad para privarle de ella a su voluntad. Sin puntales semejantes mal se sostienen las repúblicas, y bien sería para nuestra ciudad que los necios de Florencia comprendieran bien esta verdad.

12. Quien tiene que mandar a otros no debe tener demasiados miramientos ni respetos al mandar. No digo que deba prescindir de ambos, pero el exceso de ellos es nocivo.

13. Muy útil es el tratar las cosas propias secretamente, pero más útil, sobre todo, cuando uno se esfuerza en no mostrarlo así a los amigos. Muchos de éstos, en efecto, sintiéndose poco estimados, se irritan cuando ven que uno se niega a confiarles sus propios asuntos.

14. Tres cosas deseo ver antes de mi muerte, pero dudo ver ninguna por mucho que viva: una, un régimen de república bien ordenado en nuestra ciudad; otra, Italia liberada de todos los bárbaros; y otra, el mundo libre de la tiranía de estos malvados clérigos.

15. Quien no se halla bien seguro, sea por tratados, sea por sentirse tan fuerte que no tenga nada [**12** FRANCESCO GUICCIARDINI] que temer en ningún caso, comete una locura permaneciendo neutral en las guerras de los demás, ya que así nunca satisface al vencido y queda siempre al arbitrio del vencedor; y quien no tenga por bastante los razonamientos que considere el ejemplo de nuestra ciudad y lo que resultó para ella de permanecer neutral en la guerra que mantuvieron el papa Julio y el Rey Católico de Aragón con Luís, rey de Francia.

16. Si, no obstante, quieres permanecer neutral, negocia al menos la neutralidad con aquella parte que la desea, ya que éste es un modo de tomar partido también; y si esta parte llegara a vencer, quizás sienta algún reparo y dificultad en atacarte.

17. Mucho mayor placer se encuentra en dominar los deseos no honestos que en satisfacerlos. Esto último, en efecto, es breve y cosa del cuerpo, y aquello, en cambio, una vez calmado un poco el apetito, duradero y atañente al ánimo y conciencia.

18. Más es de desear el honor y la reputación que las riquezas. Como hoy, empero, es difícil conservar la reputación sin estas últimas, los hombres virtuosos deben tratar de hacerse con ellas, no inmoderadamente, pero sí bastantes para tener o conservar la reputación y autoridad.

19. El pueblo de Florencia es, por lo general, pobre, y, por la naturaleza de nuestra vida, todos desean grandemente las riquezas. Este defecto sirve para sostener la libertad de la ciudad, ya que tal apetito hace que cada uno persiga la utilidad [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **13**] privada suya sin respeto ni consideración a la gloria o a los honores públicos.

20. La argamasa con la que se construyen los Estados de los tiranos es la sangre de los ciudadanos; por ello, todo el mundo debería esforzarse para que en su ciudad no hubiera que edificar tales palacios.

21. Los ciudadanos que viven en la república, siempre que la ciudad disfrute de un estado tolerable, aunque con algunos defectos, no deben nunca tratar de mudarlo para conseguir uno mejor, ya que casi siempre el resultado es un empeoramiento. Escapa, en efecto, al poder de quien lo muda, hacer que el nuevo gobierno sea exactamente según sus proyectos y pensamiento.

22. La mayoría de los males que causan los grandes en la ciudad nace de la sospecha; por eso, cuando uno es elevado a altas dignidades, la ciudad no debe prestar oído a quienes la tientan contra las cosas nuevas sin buenas razones, porque es así como se acrecen las sospechas, y de aquí provienen los males de la tiranía.

23. La malignidad en los pobres puede deberse con facilidad a accidente, mientras que en los ricos es más a menudo connatural; por eso es más de condenar ordinariamente en un rico que en un pobre.

24. Cuando un príncipe o un particular quieran engañar a otro por medio de uno de sus embajadores [**14 FRANCESCO GUICCIARDINI**] o de otra persona, lo primero que deben hacer es engañar a su propio embajador, ya que éste obrará y hablará con mayor eficacia creyendo que éstas sean las intenciones de su soberano, que lo que lo haría si supiese que todo era simulación

25. El logro de cosas importantísimas depende a menudo de hacer o no hacer cosas que parecen mínimas; por ello, se debe ser advertido y considerado *etiam* en las cosas pequeñas.

26. Fácil cosa es perder una buena posición, difícil, en cambio, adquirirla; por eso, quien se encuentra en buena posición, debe hacer todo lo posible para no perderla.

27. Es locura irritarse con aquellas personas de las cuales por su altura no puede uno esperar nunca poder vengarse; por ello, aun cuando te sientas ofendido por ellas, es preciso padecer y simular.

28. En la guerra se dan infinitos cambios de una hora a otra; por ello, no deben producir arrogancia las noticias favorables, ni decaimiento las adversas. Esto enseña también a los que se les presentan ocasiones en la guerra, que no deben desaprovecharlas, porque duran poco.

29. De igual manera que el final de los comerciantes es, la mayoría de las veces, la quiebra, y el de los navegantes ahogarse, así puede decirse también que el de los que gobiernan largo tiempo tierras de la Iglesia es muy a menudo terminar mal.

[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **15**]

30. Ya el Marqués de Pescara me decía, que raras veces tienen lugar las cosas que son deseadas universalmente. Si ello es verdad, la razón ha de buscarse en que las cosas son determinadas ordinariamente por unos pocos, y en que los fines perseguidos por los pocos son casi siempre contrarios a los fines y apetitos de los muchos.

31. No combatas jamás contra la religión ni contra las cosas que parece que dependen de Dios, porque todo ello tiene demasiada fuerza en la mente de los necios.

32. Con verdad se ha dicho que la demasiada religión pervierte el mundo, ya que afemina los ánimos, implica a los hombres en mil errores, y los aparta de mil empresas generosas y viriles. Con ello no quiero echar abajo la fe cristiana ni el culto divino, sino, más bien, confirmarlos y aumentarlos, distinguiendo lo excesivo de lo suficiente, y exhortando a los ingenios a considerar detenidamente aquello que se debe tener en cuenta, y aquello de que puede prescindirse.

33. Todas las seguridades que pueden tenerse del enemigo son buenas: la confianza, los amigos, las promesas y compromisos. Dada, empero, la mala condición de los hombres y las variaciones de los tiempos, ninguna hay mejor ni más cierta que el disponer las cosas de tal modo que el fundamento de tu seguridad sea más el no poder atacarte el enemigo que el no querer hacerlo.

[**16 FRANCESCO GUICCIARDINI**]

34. Según la constitución del mundo, no puede haber mayor felicidad que ver a tu enemigo postrado en tierra delante de ti y a tu discreción; para ello, para conseguir esto, nada debe omitirse. La felicidad mayor consiste en esto, pero mayor es aún la gloria que aporta el usar loablemente de tanta fortuna, es decir, el ser clemente y perdonar, cosa propia de los ánimos generosos y excelsos.

35. Estos recuerdos son reglas que pueden escribirse en libros. Los casos particulares, empero, que por tener diversa condición han de gobernarse diferentemente, pueden difícilmente escribirse en otro libro que en el de la

discreción.

36. Entre los antiguos era muy alabado el proverbio: *Magistratus virum ostendit*; porque no sólo hace conocer la posición que se tiene si el hombre lo es bastante o poco, sino también porque por el poder y libertad se descubren las afecciones del ánimo, es decir, de qué naturaleza sea la persona. Y ello porque cuanto más elevada está la persona, tanto menos consideración y obstáculo tiene en dejarse guiar por aquello que le es natural.

37. Procura que no adquiera mal concepto de ti quien es soberano en tu patria, y no confíes en que el modo o ruta de tu vida sea tal que no hayas de tener por qué acudir a él, pues surgen casos infinitos y no pensados en los que es fuerza tener necesidad de él. Y, al contrario, si el de arriba tiene deseos de castigarte o de vengarse de ti, que no lo haga precipitadamente, sino que espere el tiempo [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **17**] y la ocasión, ya que, sin duda, andando las cosas, vendrá el momento en el que sin manifestarse ni maligno ni parcial, podrá satisfacer en todo o en parte su deseo.

38. Quien tiene a su cargo el gobierno de ciudades o de pueblos, y quiere desempeñar adecuadamente su cometido, debe insistir en el castigo de todos los delitos, si bien puede usar de clemencia en la calidad de las penas; porque, prescindiendo de los casos atroces y de aquellos en los que se impone la ejemplaridad del castigo, es bastante de ordinario que se castiguen los demás delitos en forma leve.

39. Si los servidores fuesen inteligentes o agradecidos, sería justo y debido que el señor les beneficiase en todo lo que pudiese; pero dado que la mayoría de las veces son de otra naturaleza, y que cuando están hartos, o te dejan o te apuran la paciencia, es más útil tratarlos rígidamente y, entreteniéndolos con esperanzas, darles en realidad sólo lo que es suficiente para que no pierdan la esperanza.

40. El recuerdo anterior es preciso aplicarlo de tal modo que los servidores no te huyan porque adquieras fama de poco generoso. Para evitarlo, basta con que beneficies a alguno fuera de lo estrictamente debido, porque la esperanza tiene de por sí tanto imperio sobre los hombres, que más te ayuda y más fama te da entre los demás uno solo a quien hayas beneficiado, que ciento que no hayan tenido remuneración ninguna de ti.

[18 FRANCESCO GUICCIARDINI]

41. Los hombres se acuerdan más de las injurias que de los beneficios. Aun recordándose del beneficio, lo reputan menor de lo que en efecto fué, creyendo merecer más de lo que merecen; lo contrario ocurre con las ofensas, las cuales duelen a todo el mundo más de lo que debieran doler razonablemente. Por esta causa, y siempre que los términos sean equivalentes, procura no hacer a nadie un favor que haya de provocar necesariamente un enojo igual en otra persona, porque, por el motivo dicho, haciéndolo así se pierde siempre más de lo que se gana.

42. Mejor harás contando con uno que tenga necesidad de ti o que en el caso en cuestión se mueva por intereses comunes, que con uno beneficiado por ti, pues los hombres no son de ordinario agradecidos; por eso, si no quieres engañarte, haz tus cálculos con este criterio.

43. He escrito los recuerdos anteriores para que sepas vivir y conozcas la significación de las cosas, no para apartarte de hacer beneficios; porque, además de que es cosa generosa y propia de todo ánimo noble, se ve también que a veces es remunerado algún beneficio, y de tal suerte, que con ello quedan pagados muchos otros. Hay que creer que a la potestad situada sobre la cabeza de los hombres le placen las acciones nobles y, por ello, no consiente que siempre queden sin fruto.

44. Ingéniate en tener amigos, porque son buenos en momentos, lugares y casos que no puedes prever; este recuerdo es vulgar, y su importancia no [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **19**] puede medirla más que aquel que haya tenido ocasión de experimentar por sí mismo su valor.

45. Quien es de naturaleza veraz y liberal, agrada a todo el mundo, y esta condición es cosa loable, aunque perjudicial a veces; de otro lado, la simulación es útil e incluso necesaria por la mala naturaleza de los demás, pero es, en cambio, odiada y tiene algo repelente; de donde no sabe uno cuál de las dos elegir. En mi opinión, podría usarse la una ordinariamente, no abandonando, sin embargo, la otra: es decir, en el curso ordinario y común de tu vida, podrías usar la primera, de suerte que adquirieras fama de persona franca, usando, sin embargo, la simulación en ciertos casos importantes y raros, pues esta última es tanto más útil y consigue mejor su finalidad, cuanto que por tener fama de lo contrario, te es creída más fácilmente.

46. Por las razones antedichas no alabo a quien vive siempre con simulación y artificio, pero sí excuso a quien alguna vez usa de ambos.

47. Ten presente que si deseas que no se sepa que has hecho o tratado de hacer alguna cosa —incluso si ello se ha descubierto ya y es público— siempre es conveniente el negarlo; porque la negativa resuelta, si bien no persuade a quien tiene indicios o cree lo contrario, al menos siembra la confusión en su mente.

48. Es increíble lo que ayuda a quien desempeña un cargo político que sus asuntos sean secretos; no sólo porque tus designios, si se saben, pueden ser [**20 FRANCESCO GUICCIARDINI**] interceptados o hechos fracasar, sino porque el hecho de ignorar tus pensamientos hace que los hombres estén siempre suspensos y atónitos observando tus acciones, de suerte que cualquiera de tus menores movimientos hace surgir mil comentarios, lo que te procura grandísima reputación. Por ello, todo aquel que se halla en una posición semejante debería acostumbrarse a sí y a sus funcionarios, no sólo a callar las cosas que es perjudicial que se sepan, sino incluso todas aquellas que no es útil que se publiquen.

49. Todo el mundo debe observar la regla de no comunicar sus secretos sino por necesidad, ya que al hacerlo se convierten en esclavos de aquellos a quienes se los comunican, a más de todos los otros males que puede traer consigo el saberlos; y si, no obstante, la necesidad te forzara a decirlos, deposítalos en los demás el menor tiempo posible, porque corriendo el tiempo nacen mil pensamientos desatentados.

50. El entregarse alguna vez a los placeres o al enojo es cosa que conforta grandemente, pero muy nociva; por ello es prueba de sabiduría el abstenerse en esta materia, si bien cosa hartó difícil.

51. Cuando fui embajador cerca del rey Don Fernando de Aragón, príncipe sabio y glorioso, observé que cuando quería llevar a cabo alguna empresa nueva u otra cosa de importancia, no lo hacía público primero y trataba después de justificarlo, sino que se regía por el principio contrario, procurando artificiosamente, antes de que se supiese lo [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **21**] que proyectaba, que se divulgase que el rey por éstas o las otras razones debería hacer aquello de que se trataba; de esta suerte, haciendo público más tarde que se proponía hacer aquello que ya parecía a todo el mundo justo y necesario, es increíble con cuánto favor y cuánta alabanza eran recibidas sus decisiones.

52. Aquellos mismos que atribuyen el todo a la prudencia y a la destreza y tratan de excluir a la fortuna, no pueden negar, por lo menos, que es un gran favor de la suerte, que en tu tiempo se presenten ocasiones tales como para poner de relieve aquellas facetas o cualidades en que tú te distingues; y se ve, por experiencia, que las mismas cualidades son estimadas más o menos en un tiempo que en otro, y las mismas cosas son agradables hechas por uno en un momento, y

desagradables hechas por otro en otra coyuntura.

53. No pretendo quitar ánimos a aquellos, que, inflamados por el amor a la patria, se pondrían en peligro para llevarla a la libertad; pero sí digo que los que en nuestra ciudad buscan cambios políticos por intereses propios no son sabios, pues la cosa es arriesgada, y la experiencia enseña, efectivamente, que son pocas las tentativas que logran éxito. E incluso después de haber triunfado, se ve casi siempre que con el cambio no conseguiste ni mucho menos aquello que te habías propuesto, y que, además, te has forzado a un trabajo continuo, -porque siempre tienes que estar alerta para que no vuelvan aquellos que tú expulsaste, los que de venir te habían de arruinar.

[22 FRANCESCO GUICCIARDINI]

54. No te afanes en mutaciones que no habían de producir otra cosa que un cambio en el rostro de las personas. ¿Qué beneficio, en efecto, había de reportarte que el mismo mal o desafuero que antes te infería Pedro, te lo infiera ahora Martín? ¿Qué placer puedes tener, por ejemplo, en ver partir a micer Goro, si en lugar suyo va a venir otro de especie semejante?

55. Quien, sin embargo, quiera entregarse a conjuras, debe tener en cuenta que nada las hace fracasar más que el deseo de llevarlas a término con excesiva seguridad; a fin de conseguir esto se deja correr, en efecto, mucho más tiempo, se complican en ellas más gentes y se mezclan más cosas, todo lo cual conduce a su descubrimiento. También es de creer que la fortuna, bajo cuyo dominio se encuentran estas cosas, se irrita contra quien en tan grande medida quiere liberarse de su arbitrio y conseguir una seguridad plena; por todo lo cual concluyo que es más seguro llevar a cabo las conjuras corriendo cualquier riesgo que con excesiva seguridad.

56. No hagas proyectos sobre aquello que no posees, ni gastes sobre ganancias futuras, porque a veces éstas no tienen lugar. Es sabido que los grandes comerciantes quiebran la mayoría de las veces por esta razón; esperando una mayor ganancia futura aceptan letras cuyo rendimiento creen cierto y en un plazo determinado. Sin embargo, las ganancias no tienen lugar muchas veces o tardan más [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 23] de lo pensado, de suerte que la empresa que había comenzado como muy provechosa se te convierte en dañosísima.

57. No creas a los que dicen haber dejado los negocios políticos por amor a la tranquilidad, y por hallarse curados de la ambición, porque todos ellos tienen en el corazón lo contrario, y si se han visto reducidos a una vida apartada ello ha sido por irritación, por necesidad o por locura. Prueba de ello la tenemos todos los días, pues a los tales que así hablan, apenas se les presenta un resquicio por el que llegar a nueva grandeza, cuando al momento abandonan la tan alabada tranquilidad y se lanzan por aquél con el ímpetu con que el fuego prende en una cosa seca u oleosa.

58. Si has delinquido, piensa y considera bien tu actitud antes de entrar en prisión; pues, aun cuando el caso fuese muy difícil de descubrir, es increíble cuántas cosas tiene en cuenta el juez diligente y deseoso de descubrirlo, y cualquier resquicio, por mínimo que sea, basta para sacar a luz el todo.

59. Al igual que los demás hombres, también yo he deseado los honores y el provecho, y hasta aquí, por gracia de Dios y buena suerte, he alcanzado los unos y el otro más de lo que hubiera podido pensar. Sin embargo, no he podido encontrar en ello ninguna de aquellas cosas y satisfacciones que me había imaginado; razón esta, si bien se considerase, que debería bastar para apagar bastante la ambición entre los hombres.

60. Todo el mundo desea la grandeza de condición, [24 FRANCESCO GUICCIARDINI] porque cuanto de bueno se da en ella aparece hacia afuera, mientras que el mal que le es propio se halla dentro y oculto. Lo cual, si se tuviese

en cuenta, es seguro que apagaría tanto deseo de llegar a cargos elevados, porque éstos se hallan llenos, sin duda, de peligros, de sospechas, de mil trabajos y fatigas. Pero lo que hace estos cargos deseables, incluso a los ánimos limpios, es el apetito que todo hombre tiene de ser superior a los demás, dado, sobre todo, que en ninguna otra cosa nos podemos asemejar tanto a Dios.

61. Las cosas no premeditadas impresionan sin comparación más que las previstas; por eso, llamo yo ánimo grande e impertérrito al de aquel que mantiene su actitud y no se empavorece ante los peligros y accidentes repentinos, una cosa que, a juicio mío, es rarísima.

62. Si cuando se hace una cosa, pudiera saberse lo que hubiere acontecido de no hacerse o de haberse hecho lo contrario, es seguro que se juzgarían en sentido inverso muchas de las acciones que hoy son condenadas o alabadas por los hombres.

63. No hay duda de que cuanto más envejece el hombre, más crece su avaricia; comúnmente se dice que la razón de ello es que el ánimo disminuye con la edad, una explicación que no me parece suficiente, porque hartamente ignora que ser el viejo que no sepa que con la edad disminuyen también las necesidades. Y además echo de ver que en los viejos aumenta de ordinario también la lujuria — el apetito de ella, si no la capacidad—, la crueldad y los demás vicios. Por eso estimo que la [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **25**] razón pudiera ser que el hombre cuanto más vive, tanto más se habitúa a las cosas del mundo y *ex consequenti* más las ama.

64. La misma razón hace que cuanto más envejece el hombre, tanto más le repugna la idea de morir, y que cada vez viva más en acción y pensamiento, como si de cierto la vida suya hubiese de ser perpetua.

65. Se cree, y a veces lo enseña también la experiencia, que las riquezas mal adquiridas no pasan de la tercera generación. San Agustín dice que Dios permite que quien las ha adquirido las goce en premio de algún bien que haya hecho en la vida, pero que después no pasan mucho más allá, porque así es el juicio de Dios sobre los bienes mal adquiridos. Ya una vez dije a mi padre que a mí se me ocurría una razón distinta, y es que, de ordinario, quien gana la riqueza ha crecido en la pobreza y ama aquélla y sabe la manera de conservarla, mientras que los hijos y nietos que le suceden, educados ya como ricos, no saben qué sea ganar bienes, y no teniendo ni la destreza ni la cualidad para conservarlos, los disipan fácilmente.

66. No puede condenarse el deseo de tener hijos, ya que es natural, pero digo, no obstante, que es una especie de felicidad el no tenerlos, porque incluso quien los tiene buenos e inteligentes, no hay duda de que recibe de ellos más enojo que consuelo. Un ejemplo de ello lo he visto en mi mismo padre, el cual, en su época, era envidiado en Florencia por sus hijos; hay que pensar, por ello, cuál será la suerte de quien tenga hijos de mal natural.

[**26** FRANCESCO GUICCIARDINI]

67. No condeno enteramente la justicia civil del turco, la cual es más bien precipitada que sumaria; porque quien juzga a ojos cerrados, resuelve probablemente la mitad de las causas con justicia, y libera además a las partes de los gastos y de la pérdida de tiempo. Nuestros jueces, en cambio, proceden de tal suerte, que muy a menudo sería mejor para quien "tiene razón haber escuchado el primer día, una sentencia adversa que conseguirla propicia después de tanto dispendio y tanto trabajo. Todo ello, además de que la malignidad o ignorancia de los jueces y quizás la oscuridad de las leyes, hacen que entre nosotros lo blanco se convierta a menudo en negro.

68. Yerra quien cree que los casos dejados por la ley al arbitrio del juez, quedan entregados a su beneplácito y voluntad, ya que la ley no ha querido darle

esta facultad. Lo que ocurre es que no pudiendo establecer un imperativo preciso para todos los casos particulares, dada la diversidad de las circunstancias, se remite por necesidad al arbitrio del juez, es decir, a su *sindéresis* y a su conciencia, para que, considerando todas las circunstancias, haga lo que le parezca más justo. Y esta latitud de la ley le exime de tener que rendir cuentas a las autoridades humanas, ya que, no estando regulado el caso, siempre puede encontrar excusa, pero no le otorga facultad para hacer donación de los bienes de los demás.

69. Se ve por experiencia que los dueños tienen poco en cuenta a los servidores, y que por su solo [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **27**] interés o capricho los despiden o los agotan sin consideración; por ello dan muestra de sabiduría los servidores que hacen lo mismo en relación con los señores, si bien conservando siempre su fe y su honor.

70. Los jóvenes creen que la experiencia enseña mucho, y más aún en los talentos grandes que en los pequeños; y quien lo examinase detenidamente encontraría fácilmente la razón de ello.

71. No es posible, ni aun dotado de un ingenio perfectísimo, entender y penetrar bien ciertos particulares sin la experiencia, única fuente que nos los enseña; este recuerdo lo apreciará mejor quien haya desempeñado negocios públicos, porque la experiencia misma le habrá enseñado cuánto vale y cuan buena es ella.

72. No hay duda de que agrada más un príncipe pródigo que uno tacaño; y sin embargo, debería ser al contrario, ya que el pródigo tiene necesidad de entregarse a desafueros y rapiñas, mientras que el tacaño a nadie quita nada, y más son los que padecen por las cargas del pródigo, que los que se benefician de su generosidad. La razón de ella estriba, a mi juicio, en que en los hombres puede más la esperanza que el temor, y en que son más los que esperan conseguir alguna cosa del príncipe pródigo que los que temen verse oprimidos por él.

73. El entenderse bien con los hermanos y parientes te reporta infinitos beneficios que tú no conoces porque no aparecen uno a uno, sino que te [**28 FRANCESCO GUICCIARDINI**] aprovechan en un sinnúmero de cosas y sirven para mantenerte en respeto; por esta razón debe conservarse esta opinión y este amor *etiam* con alguna incomodidad de tu parte. En este punto se engañan a menudo los hombres, los cuales se dejan impresionar por aquel poco daño que aparece en la superficie, y no consideran cuan grandes son las ventajas que de ello se derivan.

74. Quien tiene autoridad y superioridad sobre otros, puede imponerlas y extenderlas incluso más allá de donde alcanzan en realidad sus fuerzas. Los súbditos, en efecto, no ven a menudo ni consideran lo que puedes y lo que no puedes hacer, sino que imaginándose tu potestad mayor de lo que lo es, ceden de por sí a cosas a las que tu no podrías constreñirles.

75. En un tiempo fui de opinión de que por mucho que se discurriera, nunca se vería más de lo que se veía al primer momento; la experiencia, empero, me ha enseñado que esto es falso de todo punto, y debéis mofaros de quien dice otra cosa. Cuanto más se piensan las cosas, tanto más se entienden y mejor se hacen.

76. Si se te presenta la ocasión de hacerte con una cosa que deseas, tómala sin perder tiempo, pues las cosas del mundo varían tan a menudo, que nadie puede decir que tiene una cosa hasta que, efectivamente, la tiene en su mano. Y por igual razón, siempre que se te proponga alguna cosa que te desagrade, trata de diferirla lo más que puedas, [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **29**] ya que de continuo se ve que el tiempo trae consigo accidentes que pueden sacarte de una dificultad. En este sentido ha de entenderse también ese proverbio que se dice tienen siempre los sabios en la boca: "Debe gozarse el beneficio del tiempo."

77. Hay algunos hombres inclinados a esperar aquello que desean, y otros, en cambio, que jamás lo creen hasta que no lo tienen bien seguro; sin duda es

mejor esperar poco que mucho, porque la poca esperanza te quita diligencia y te causa aún más enojo cuando la cosa no acaece.

78. Si quieres conocer cuáles son los pensamientos de los tiranos, lee a Cornelio Tácito allí donde hace mención de los últimos razonamientos de Augusto con Tiberio.

79. El mismo Cornelio Tácito es quien mejor enseña —a quien lo lee con detenimiento— cómo ha de manejarse quien vive bajo un tirano.

80. ¡Con cuánta razón fué dicho: *Ducunt volentes fata, nolentes trahunt!* La experiencia de cada día nos confirma tanto estas palabras, que a mi juicio nunca se ha dicho nada más exacto.

81. El tirano pone diligencia extrema en descubrir tu ánimo, es decir, si estás contento con su Estado, espiando tus idas y venidas, tratando de saber tus opiniones de quien conversa contigo, y departiendo contigo de cosas varias y proponiéndote cuestiones y demandándote pareceres. Por eso, si quieres que no averigüe tu modo de pensar, [**30** FRANCESCO GUICCIARDINI] es preciso que te guardes con grandísima diligencia de los medios de que él se vale, no usando términos que pudieran infundirle sospechas, cuidando de cómo hablas *etiam* con tus íntimos amigos, y discurriendo con él y respondiéndole de manera que no pueda sorprenderte. Y ello lo lograrás si tienes siempre fijo en tu ánimo que trata de envolverte cuanto puede, a fin de descubrirte.

82. A quien siendo de condición elevada en su patria se halla bajo un tirano sanguinario y bestial, pocas reglas de conducta pueden dársele, a no ser la de que tome el camino del destierro. Cuando el tirano, empero, bien sea por prudencia, bien sea por necesidad o por las condiciones de su Estado, gobierna con respeto, el hombre bien calificado debe tratar de ser tenido por hombre de mérito y animoso, pero de naturaleza tranquila, poco afanoso de mutaciones, si no es forzado a ello; de esta manera, en efecto, el tirano te tratará con delicadeza y procurará no darte motivo de que pienses en cambios, cosa que, de seguro, no haría si supiese que eras de natural inquieto; porque entonces, pensando que en todo caso tu carácter te impide estar tranquilo, se ve forzado a buscar una ocasión para acabar contigo.

83. En el caso anterior es mejor no ser de los más íntimos del tirano, porque no sólo te tratará también consideradamente, sino que en muchas cosas tendrá menos interés en asegurarse de ti que de los suyos. De esta manera gozas de su grandeza, y a su ruina tú mismo escalas las alturas. Pero este [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **31**] recuerdo no es aplicable para quien no es de condición elevada en su patria.

84. Hay una diferencia entre tener súbditos desesperados y tenerlos descontentos. Aquéllos, en efecto, no piensan en otra cosa que en cambios políticos y tratan de conseguirlos aún a riesgo de todo peligro; éstos, en cambio, si bien desean cosas nuevas, no tratan de provocarlas, sino que se contentan con esperarlas.

85. Es imposible gobernar a los súbditos sin severidad, ya que la malignidad de los hombres lo impone así; sin embargo, también aquí hay que hacer uso de la destreza y hacer toda suerte de protestas para que se crea que la crueldad te repele, y que si la usas es sólo por necesidad y por razones de salud pública.

88. Se deberían tener en cuenta sólo los efectos, no las protestas ni las apariencias; sin embargo, es increíble cuanto favor te procura entre los hombres, la delicadeza y la bondad en las palabras; la razón creo que radica en que todo el mundo cree merecer más de lo que vale, y, por ello, se irrita cuando ve que no se le aprecia en la medida conveniente.

87. Es cosa honorable y propia de hombres no prometer más que aquello que se quiere cumplir; comúnmente, sin embargo, todo aquel a quien tú niegas

algo, aun cuando sea justamente, queda irritado, pues los hombres no obran de acuerdo con la razón. Lo contrario sucede a quien promete [**32 FRANCESCO GUICCIARDINI**] bastante, pues a menudo surgen circunstancias que hacen que no se llegue a tener que realizar lo que se había prometido, y de esta suerte has cumplido con nada; y aun cuando se llegue al momento de poner en práctica lo prometido, nunca faltan excusas, y muchas personas son tan necias que se dejan engañar con palabras. No obstante, es tan feo faltar a la palabra dada como propender a la utilidad que puede extraerse de hacer lo contrario; por eso, el hombre debe tratar de mantenerse siempre que pueda en respuestas generales y llenas de esperanzas, evitando siempre en lo posible el prometer concretamente.

88. Evita todo aquello que pueda perjudicarte y no te aporte ventaja; por eso, ni en ausencia ni en presencia de otros digas nunca nada, que, sin provecho para ti, pueda desagradarles, ya que es locura procurarse enemigos sin necesidad. Y te lo recuerdo, porque casi todo el mundo incurre en esta ligereza.

89. Quien se lanza al peligro sin considerar su naturaleza, puede ser calificado de irracional; animoso es, en cambio, quien, conociendo los peligros, se lanza a ellos decididamente, bien por necesidad o bien por alguna razón honorable.

90. Muchos creen que los sabios, precisamente porque ven todos los peligros, no pueden ser animosos; yo soy de opinión contraria, y creo que no puede ser sabio quien es tímido, pues da ya pruebas de falta de juicio el que estima el peligro en más de lo que se debe. Sin embargo, para aclarar [**DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 33**] este pasaje que es algo confuso, diré que no todos los peligros llegan a ser efectivos, pues de algunos escapa el hombre por su diligencia, destreza o decisión y otros los conjuran las circunstancias y mil accidentes que pueden surgir. Por ello, quien conoce los peligros no debe suponerlos todos ciertos, sino considerando con prudencia aquello que puede esperar le sirva de ayuda, así como las circunstancias* que verosíblemente han de redundar en su favor, darse ánimo y no retirarse de las empresas viriles y honorables por temor de todos los peligros que sabe ha de correr en ellas.

91. Yerra quien dice que las letras gastan el cerebro de los hombres, porque ello es quizás cierto en relación con quienes lo tienen débil, pero donde lo encuentran bueno, lo hacen perfecto, ya que la bondad natural unida a la bondad accidental dan por resultado una conjunción nobilísima.

92. Los príncipes no fueron establecidos para su propio beneficio, ya que ninguno se hubiera puesto en servidumbre sin contrapartida, sino por interés de los pueblos, para que éstos fueran bien gobernados; por ello, tan pronto como un príncipe tiene más interés en sí que en los pueblos, deja de ser príncipe para convertirse en tirano.

93. Es más detestable, sin comparación, la avaricia en un príncipe que en una persona particular; no sólo porque teniendo el príncipe mayor capacidad de distribuir, priva a los hombres de tanto más, sino también porque aquello que tiene un particular es todo suyo y para su uso, pudiendo disponer [**34 FRANCESCO GUICCIARDINI**] de ello sin que nadie pueda impedirlo con derecho; todo lo que el príncipe tiene, le es dado, en cambio, para uso y beneficio de los demás, y por tanto, reteniéndolo para sí, priva ilegítimamente a los hombres de aquello que les es debido.

94. Afirmando que el duque de Ferrara, que se ha dedicado al comercio, no sólo hace una cosa vergonzosa, sino que es tirano, al dedicarse a aquello que es profesión de los particulares y no suya; y delinque tanto contra el pueblo, como éste delinquiría contra él, si se entrometiera en aquello que es oficio *solum* del príncipe.

95. Quien considera detenidamente su origen, ve que todos los Estados reposan sobre la violencia. No hay potestad que sea legítima, prescindiendo de la

república, y ésta en su patria y no fuera de ella, ni siquiera la del emperador, la cual está fundada en la autoridad de los romanos, que fué una usurpación mayor que ninguna otra; de esta regla no exceptúo tampoco a los clérigos, cuya violencia es doble, pues para someternos usan las armas temporales y espirituales.

96. Las cosas del mundo son tan varias y dependen de tantos acasos, que difícilmente puede hacerse un juicio sobre el futuro; y la experiencia nos enseña que las conjeturas de los sabios son casi siempre falaces. Por eso no alabo el parecer de aquellos que dejan la comodidad de un bien presente, aunque menor, por temor de un mal futuro, aunque mayor, si éste no es inminente y muy cierto; porque no acaeciendo a menudo después lo que [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **35**] temías, te encuentras, que por un temor vano has dejado lo que te aprovechaba. Es por ello sabio proverbio: «Sólo de algo sale algo».

97. En los negocios de Estado he visto errar a menudo el juicio de las gentes, porque se considera de ordinario aquello que debería hacer razonablemente este príncipe o aquél, y no lo que efectivamente hará según su naturaleza y su cerebro; por eso, quien quiere juzgar qué es lo que hará el rey de Francia, por ejemplo, debe tener más en cuenta cuál sea la naturaleza y las costumbres de un francés, que aquello que haría un hombre prudente.

98. He dicho muchas veces y lo digo de nuevo, que un ingenio capaz y que sabe contar con el tiempo, no debe lamentarse de que la vida sea breve, ya que puede atender a infinidad de cosas, y sabiendo gastar útilmente el tiempo, éste se le multiplica entre las manos.

99. Quien quiera actuar no debe dejarse quitar de la mano los asuntos públicos. El uno, en efecto, aporta el otro, tanto por la ventaja que el primero da al segundo, como por la reputación que te procura dirigir los negocios. Por ello, también aquí puede aplicarse el proverbio de que "Sólo de algo sale algo."

100. No es fácil el hallar estos recuerdos, pero más difícil es seguirlos, pues a menudo el hombre conoce las cosas pero no las pone en práctica; por ello, si quieres aplicarlos, fuerza la naturaleza y conviértelos en un hábito, con lo cual no sólo te [**36** FRANCESCO GUICCIARDINI] valdrás de ellos, sino que, además, harás sin trabajo todo cuanto te mande la razón.

101. No se maravillará del ánimo servil de nuestros ciudadanos quien lea en Cornelio Tácito que los romanos, acostumbrados a dominar el mundo y a vivir en tanta gloria, servían tan vilmente bajo los emperadores, que Tiberio, hombre tiránico y soberbio, sentía náuseas de tanta bajeza.

102. Si alguna persona te desagrade, procura con todas tus fuerzas que no se percate de ello, pues si así lo hace, se distanciará irremisiblemente de ti, siendo posible que a menudo se te presenten ocasiones de que te sirva, lo cual de seguro haría, si con haberle dado a conocer el mal concepto que tenías de ella no le hubieras enemistado definitivamente. Yo mismo lo he experimentado así en mi provecho, habiendo tenido a veces mala disposición contra una persona, la cual sin embargo, por no haberse dado cuenta de ello, me ha servido bien posteriormente en algunas ocasiones y me ha sido un buen amigo.

103. Las cosas que han de perecer, no por impulso proveniente del exterior, sino por irse consumiendo, arrastran una vida mucho más larga de lo que pudiera creerse al principio, y ello tanto porque las causas actúan mucho más lentamente de lo que se cree, cuanto porque los hombres, si se obstinan en padecer, padecen y soportan mucho más de lo que uno puede figurarse; por eso vemos que una guerra que tenía que terminar por hambre, por privaciones, por falta de dinero o por razónes semejantes, se prolonga mucho más de lo que uno hubiera supuesto. Así también, la vida de un tísico se prolonga siempre más de lo que opinaban los médicos y físicos, y un comerciante al borde de la quiebra por estar agobiado por réditos, continúa en pie mucho más tiempo del

supuesto.

104. El que conversa con los grandes no debe dejarse embaucar por las amabilidades y palabras superficiales de las que aquéllos se sirven de ordinario para hacerse con el ánimo de las gentes ahogándolas en el favor; y por ser muy difícil el defenderse de ello, tanto más debes esforzarte en mantener la cabeza firme y no dejarte arrastrar fácilmente.

105. Nunca podrás tener mayor virtud que considerar el honor por encima de todo, pues quien así lo hace no teme los peligros, ni hace jamás cosa que no sea propia; por eso, ten siempre esto presente, y será casi imposible que no triunfes en todo: *expertus loquor*.

106. Ríete de los que predicán la libertad, si no de todos, sí de la gran mayoría; porque si creyesen que había de irles mejor en un Estado autoritario, sus palabras serían lo contrario, ya que para casi todos, lo primordial es la consideración de sus intereses, y son poquísimos aquellos que saben lo que valen la gloria y el honor.

107. Siempre se me ha hecho cuesta arriba creer que Dios vaya a permitir que los hijos del duque Ludovico gocen del Estado de Milán; no tanto [38[FRANCESCO GUICCIARDINI] PORque el duque lo usurpó malamente, cuanto porque el hacerlo así fué causa de la servidumbre y ruina de toda Italia, y de infinitos trabajos que de ello se siguieron para toda la cristiandad.

108. Un buen ciudadano amante de su patria no sólo debe mantenerse en relación con el tirano por amor de su propia seguridad, ya que un grave peligro se cierne sobre él tan pronto como llega a hacerse sospechoso, sino además en beneficio de la patria, pues de esta suerte tiene ocasión con sus consejos y con sus acciones de fomentar muchas cosas buenas y de impedir muchos malas; y los que por ello le condenan son necios, pues buena sería la situación de la ciudad y de los mismos que critican, si el tirano no tuviese en torno a sí más que malvados.

109. Es de acuerdo con nuestros intereses que en Siena exista un régimen ilustrado, dado que nosotros nos hallamos en una situación que no nos permite esperar sojuzgarla; un régimen ilustrado, en efecto, tenderá siempre a mantener relaciones con nosotros y nunca tratará de que en Toscana haya guerra, dejándose gobernar por la razón más que arrastrar por el odio natural que nos tienen. Con los papas, en cambio, sería mejor para nosotros que allí hubiera un estado de cosas desordenado, porque tanto más fácilmente se nos vendrían a las manos.

110. ¿Quién no sabe que si el papa se hace con Ferrara, será siempre objeto de los futuros pontífices enseñorearse de Toscana? Porque el reino de [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 39] Nápoles se halla en situación difícil encontrándose como lo está en manos de los grandes.

111. En un Estado popular redundan en ventaja de las casas semejantes a la nuestra que se conserven las casas llamadas de estirpe, porque siendo éstas tan odiadas del pueblo, de ellas recibimos todos gran favor; si, al contrario, fuesen aniquiladas, el odio que el pueblo las tiene se volvería contra los iguales nuestros.

112. Fué excelente consejo el dado por mi padre a Pedro Soderini de traer de nuevo a los Medici como ciudadanos particulares; de un lado, porque así suprimíamos unos exilados políticos, que es la cosa peor que puede tener un Estado, y de otro, porque de esta suerte se les privaba de reputación dentro y fuera: dentro porque al retornar y verse iguales a los demás, ellos mismos no hubieran habitado con gusto entre nosotros, y fuera, porque los príncipes, convencidos de que tenían numerosos partidarios en el interior, al verles volver y no encumbrarse al poder, dejarían de tomarles en consideración. Este consejo, empero, no sé si era acertado, no habiéndolo puesto en práctica Pedro Soderini, el confaloniero más vivo y más animoso que se ha conocido.

113. Es natural a los pueblos, lo mismo que a las personas particulares, querer mejorar siempre la situación en que se encuentran; es por ello prudente negarles la primera petición, ya que concediéndosela no les contentas, sino, más bien, les incitas a pedir más y con mayor insistencia **[40 FRANCESCO GUICCIARDINI]** que al principio. Cuanto más se les da de beber, tanto más, en efecto, les aumenta la sed.

114. Las cosas pasadas arrojan luz sobre el futuro, pues el mundo fué siempre de una misma especie, y todo aquello que es y será ha sido ya en otro tiempo, y las mismas cosas vuelven de nuevo, si bien bajo nombre y colores diversos; no obstante, no todos se percatan de ello, sino sólo quien es sabio y lo observa y considera diligentemente.

115. No hay duda de que quien tiene talento más positivo lo pasa mejor en el mundo, tiene más larga vida y, en un cierto modo, es más feliz que las inteligencias elevadas, pues el talento superior sirve más bien de trabajo y tormento a quien lo posee; pero el uno tiene más de animal irracional que de hombre, mientras que el otro trasciende de la esfera humana y se aproxima a las naturalezas celestes.

116. Si observas atentamente, verás que de época en época se transforman, no sólo los vocablos, los modos de vestir y las costumbres, sino, lo que es más, también los gustos y las inclinaciones de los hombres; y esta diversidad se echa de ver incluso en una época misma de país a país. No hablo de las costumbres sólo, pues éstas pueden proceder de las instituciones, sino de los gustos, de los manjares y de los apetitos varios de los hombres.

117. Las mismas empresas que acometidas fuera de tiempo son difíciles o imposibles, cuando están **[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 41]** acompañadas por la oportunidad y la ocasión son fáciles de llevar a cabo; por eso, el que las intenta fuera de tiempo, no sólo no consigue darles cima, sino que corre peligro de que el mero intentarlas las haya hecho arduas para aquel tiempo en que hubieran podido ser conseguidas fácilmente; por eso, todo hombre sabio debe saber ser paciente.

118. En los cargos que he desempeñado he tenido siempre un principio por norma: cuando se me ha sometido un asunto litigioso que yo, por una u otra razón, hubiera querido solventar por medio de una transacción, nunca lo he hecho así, sino que utilizando dilaciones y fatigando a los litigantes he conseguido que las partes mismas buscaran un acuerdo entre ellas. De esta manera, aquello que hubiera sido rechazado al principio si yo lo hubiera propuesto, aparece después bajo tal aspecto, una vez llegada su hora, que las partes mismas me pedían que interviniera como mediador.

119. No hay ningún mérito en que un gobernante se haga temer usando a menudo de rigor y medidas de severidad, ya que los súbditos cobran fácilmente temor de quien puede violentarles y arruinarles y se aviene sin dificultad a la obediencia. A quién alabo es a aquellos gobernantes que desplegando poca severidad y realizando pocas ejecuciones saben adquirir y conservar la fama de terribles.

120. No es que diga que el que ejerce el poder político no se vea forzado a derramar sangre a **[42 [FRANCESCO GUICCIARDINI]** veces, pero sí afirmo que ello no debe hacerse sin gran necesidad, y que la mayoría de las veces se pierde así más que se gana, porque no sólo se ofende con ello a quienes son directamente afectados, sino que se causa enojo en muchos otros; y si bien te quita un enemigo o un obstáculo, no por ello se destruye la simiente, *cum sit* que en lugar de las personas eliminadas aparecerán otras, sucediendo a veces, como se dice de la hidra, que por cada cabeza cortada nacen siete.

121. Ten presente lo que ya otras veces he dicho, que estos recuerdos no han de ser observados indistintamente, sino que dejan de ser adecuados en algunos casos particulares de índole diversa; cuáles sean estos casos es imposible

determinarlo por medio de una regla, ni hay libro que lo enseñe, pues este conocimiento tiene que dártele primero la naturaleza y después la experiencia.

122. Tengo por cierto que en ningún puesto o autoridad se precisa más prudencia y excelente condición que en el caudillo de un ejército, pues son infinitas las cosas que tiene que mandar y a que ha de proveer e infinitos los accidentes y casos varios que se le presentan a cada hora, de tal suerte que necesita tener en verdad más ojos que los de Argos; no sólo por su trascendencia, sino también por la prudencia que necesita, estimo que, en comparación con éste, todo otro peso ha de ser ligero.

123. Quien habla de un pueblo habla en verdad de un necio; un pueblo es, en efecto, un monstruo [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **43**] lleno de confusiones y de errores, y sus vanas opiniones se hallan tan lejos de la verdad como lo está, según Ptolomeo, España de la India.

124. Yo he deseado siempre naturalmente la ruina del Estado de la Iglesia, y la fortuna ha querido, sin embargo, que haya habido dos pontífices tales, que me he visto forzado a desear su grandeza y a esforzarme por ella; si no fuese por esta consideración, más quisiera a Martín Lutero que a mí mismo, porque esperaría que su secta pudiese derribar o al menos recortar las alas a esta maldita tiranía de los clérigos.

125. Hay una diferencia entre el que es animoso -y el que no huye de los peligros por causa del honor. El uno como el otro conocen el peligro, pero el primero confía poder desafiarlo, y si no fuese por esta confianza no saldría a su encuentro, mientras que el segundo es posible que tema al peligro más de lo conveniente, y si permanece firme no es porque tenga miedo, sino porque está decidido a arriesgar más bien el daño que la vergüenza.

126. En nuestra ciudad suele ocurrir, que los que más han contribuido a alzar a alguien a posición política, pronto se convierten en enemigos de éste. La causa se dice consistir en que siendo los tales, por lo general, personas de calidad y de talento y quizás inquietas, quien tiene mando político pronto cobra sospecha de ellos. Otra razón' podría también mencionarse, y es que pareciéndoles haber merecido mucho, pretenden a menudo más de lo que se les concede, y al no conseguirlo [**44** [FRANCESCO GUICCIARDINI]] se irritan; como consecuencia de lo cual nace después entre el uno y el otro la enemistad y la sospecha.

127. Cuando aquél que ha contribuido o sido causa de que uno alcance una posición política quiere gobernar a éste a su modo, comienza ya con ello a cancelar el beneficio que le había hecho, al querer usar él la autoridad que había hecho que le fuera dada al otro; éste, por su parte, obrará justamente no tolerándolo, sin que por ello pueda calificársele de ingrato.

128. No merece alabanza que alguien haga o deje de hacer algo, el omitir o el hacer lo cual sería causa de crítica.

129. Dice un proverbio castellano: «La cuerda se rompe siempre por lo más flojo». Siempre que se entra en conflicto o en competición con quien es más poderoso o más respetado, sucumbe el más débil, aun cuando la razón, la honestidad o la gratitud pidan lo contrario. Y es que, de ordinario, se tiene más en consideración el interés que la justicia.

130. No puedo ni sé alabarme o darme reputación de aquellas cosas que en verdad no me responden, y *tamen* sería más útil hacer lo contrario; porque es increíble de cuánto sirve que los hombres te crean y tengan por grande, pues con sólo este rumor la gente corre tras de ti, sin que tengas que poner a prueba tus supuestas cualidades.

[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **45**]

131. Acostumbro a decir que más admirable es que los florentinos hayan

adquirido el poco dominio que poseen, que los venecianos y otros príncipes de Italia el mucho que tienen, porque en todo lugar, aun el más pequeño, de Toscana se hallaba tan arraigada la libertad que todos eran enemigos de aquella pequeña grandeza. Lo que no sucede a quien se encuentra entre pueblos acostumbrados a servidumbre, a los cuales no les importa tanto que les domine el uno o el otro como para ofrecerles resistencia obstinada o perpetua resistencia. Después, la vecindad de la Iglesia ha sido y es un grandísimo obstáculo, pues ésta por tener las raíces tan profundas, ha impedido bastante el curso de nuestro florecimiento.

132. Todos coinciden en que es mejor el Estado de uno cuando es bueno, que el de pocos o muchos *etiam buenos*; y las razones de ello son obvias. Igualmente coinciden en que el Estado de uno se transforma de bueno en malo más fácilmente que los otros, y que cuando es malo es peor que todos los demás, tanto más cuando que en él rige la ley de sucesión, ya que raras veces sucede a un padre bueno o sabio un hijo parecido. No obstante, desearía que estos políticos me dijese, considerados todos estos peligros y condiciones, qué debe desear más una ciudad que nace, si el ser regida por el gobierno de uno o por el de muchos o por el de pocos.

133. Nadie conoce peor a los servidores que su mismo señor, ni nadie peor tampoco que el [46 FRANCESCO GUICCIARDINI] soberano a sus súbditos; ni aquéllos ni éstos se les presentan, en efecto, tal como lo hacen a los demás, sino que procuran, más bien, simular y parecerles otra cosa de la que en realidad son.

134. El que se halla en la corte o forma parte del séquito de un personaje, y desea ser utilizado por éste en los negocios, debe procurar hallarse siempre ante sus ojos, ya que en cada momento surgen ocasiones que el señor encarga a quién se encuentra más cerca de él o a quién ve, lo cual no haría si cada vez tuviera que buscarle o esperarle; y quien pierde un principio por muy pequeño que sea, pierde a menudo la introducción y el acceso a cosas grandes.

135. Me parecen necios los clérigos que predicán la predestinación y los artículos difíciles de la fe; mejor es, en efecto, no dar ocasión al pueblo de pensar en las cosas que difícilmente pueden comprender, que despertarle en la mente dudas que hay que aquietar diciendo: así lo dice la fe nuestra, y esto hay que creer.

136. Aun cuando uno sea buen ciudadano y no usurpador, *tamen* manteniendo relación en Florencia con una familia como es la de los Médicis, se adquiere mala reputación y poco favor entre el pueblo, lo cual debe evitarse siempre que se pueda por cuanto pueda ocurrir. Sin embargo, no por ello debes apartarte y perder las ventajas que te daría este trato, pues siempre que no adquieras fama de rapaz o no ofendas a algún particular de importancia o a muchos, tan pronto cambie la [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 47] situación y el pueblo se haya desprendido de aquella causa que te hacía odioso, los demás cargos se purgan y el poco favor pasa al fin, no llevando a aquella ruina y calamidad que primero se temía. No obstante, son cosas que pesan, y aun cuando algunas veces engañan, no se puede negar que se pierden al menos con ello ventajas que conserva, en cambio, quien se comporta mirando más al futuro.

137. De nuevo te digo: los señores tienen poca consideración a los servidores, y por cualquier interés suyo los agotarían sin miramientos; por eso, son sabios los servidores que hacen lo mismo con los señores, aunque nunca haciendo nada que sea contra la fe o el honor.

138. Quien sabe que la suerte le acompaña, puede acometer las empresas con mejor ánimo; pero, sin embargo, hay que advertir que la suerte no sólo puede ser varia de una época a otra, sino que en una época misma puede ser varia según las cosas. Todo el que observa verá, en efecto, algunas veces, que una misma persona es afortunada en una clase de cosas y desafortunada en otra. Por lo que a mí respecta, hasta este día, 3 de febrero de 1523, he tenido muchísima suerte en muchas cosas, pero no la he tenido semejante en las comerciales, ni tampoco en

los honores que he tratado de conseguir, pues los que no he buscado han corrido literalmente detrás de mí, mientras que los que he querido alcanzar parecían alejarse cada vez más.

[48 FRANCESCO GUICCIAIDINI]

139. El hombre no tiene enemigo mayor que sí mismo, porque casi todos los males, peligros y trabajos superfluos que pesan sobre él, provienen sólo de sus pasiones.

140. Las cosas del mundo no están fijas; más bien caminan siempre hacia el fin al que por su naturaleza tienen que ir a terminar. Sin embargo, tardan en ello más de lo que nosotros pensamos, pues nosotros las medimos según el cómputo de nuestra vida, que es breve, y no según su tiempo, que es largo. Por esta razón, los pasos suyos son más tardos que lo son los nuestros, y tan tardos por su naturaleza, que, si bien se mueven, no percibimos casi sus movimientos, causa esto de que sean a menudo falsos los juicios que hacemos.

141. El apetito de los bienes materiales tendría su origen en un ánimo bajo y de mal natural, si no se deseasen más que para poder gozar de ellos. Siendo, empero, tan corrompida como lo es la vida en este mundo, quien desea reputación tiene que desear bienes materiales, ya que con éstos relucen las virtudes y se ponen de relieve, las cuales en un pobre son poco estimadas y menos conocidas.

142. No sé si se debe llamar afortunados a aquéllos a quienes una vez se les presenta una gran ocasión, ya que quien no tiene grandes dotes no sabe aprovecharla bien; son en cambio, afortunadísimos, sin duda, aquéllos a los que se les ofrece dos veces una misma y grande ocasión, porque poco hace *[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 49]* falta para saberla usar la segunda vez. En este segundo caso, por ello, está uno totalmente obligado a la fortuna, mientras que en el primero juegan todavía un papel las dotes propias.

143. La libertad de las repúblicas está al servicio de la justicia, ya que su fin sólo es impedir que el uno sea oprimido por el otro; por eso, quien pudiese estar seguro de que en el Estado de uno o de pocos iba a observarse la justicia, no tendría motivo para desear ya la libertad. Esta es también la razón de que los sabios y filósofos antiguos no alabaran más que a los otros a los gobiernos libres, anteponiendo, en cambio, aquéllos en los cuales mejor se había cuidado de la observancia de las leyes y de la justicia.

144. Cuando las noticias provienen de autor incierto y son verosímiles o esperadas, yo siempre les presto poca fe, pues los hombres fácilmente inventan lo que se espera o se cree. Más oídos les presto si son extravagantes o inesperadas, porque a los hombres se les ocurre más raramente inventar o persuadirse de cosas fuera de lo que comúnmente se piensa; de ello me ha suministrado pruebas muchas veces la experiencia.

145. Gran suerte es la que disfrutan los astrólogos, pues si bien su arte es vano, bien sea por defecto de la cosa misma bien por defecto suyo, una verdad pronosticada les procura más fe que la que pueden quitarles cien falsedades. Y sin embargo, en los otros hombres una sola mentira de que se hagan reos, basta para que se deje de creerles las demás verdades que pudieran pronunciar.

[50 FRANCESCO GUICCIARDINI]

La causa de ello se encuentra en el gran deseo de saber el futuro que consume a los hombres, lo cual hace que, no teniendo otro medio, crean fácilmente a los que hacen profesión de podérselo pronosticar, de igual manera que lo hace el enfermo frente al médico que le promete la salud.

146. Pide a Dios no encontrarte jamás en el lado vencido, pues aun cuando sea sin culpa tuya, siempre se te hará un cargo de ello, a más de que es imposible recorrer las calles y plazas para justificarse; de igual manera, el que se encuentra

en el campo de los vencedores, recoge siempre alabanzas *etiam* sin mérito suyo.

147. Como todo el mundo sabe, en las relaciones jurídicas privadas representa una ventaja hallarse en posesión de la cosa, si bien no por ello se altera el derecho, y los modos del juzgar y de conseguir lo suyo son ordinarios y fijos; mucha menor ventaja representa, en cambio, la posesión en las cosas que dependen de los accidentes de la vida política o de la voluntad de los que dominan, porque no teniendo que luchar con derechos inmutables ni con jueces fijos, todos los días se dan mil casos que pueden ser alegados fácilmente por quien pretende despojarte de la posesión.

148. Quien desea ser apreciado por sus superiores, precisa poner de manifiesto que les tiene respeto y reverencia, cuidando de pecar en ello más por exceso que por defecto; nada, en efecto, ofende más el ánimo del superior que creer de alguien [*DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL* **51**] que no le tiene el respeto o la reverencia que él estima serle debidos.

149. Fué cruel el decreto de los siracusanos, los cuales, según nos relata Livio, ordenaron que fueran muertas hasta las mujeres nacidas de los tiranos. Y sin embargo, no deja de haber razones que abonen una disposición semejante. Desaparecido, en efecto, el tirano, los que vivían a gusto bajo él construirían si pudiesen otro de cera, y no siendo tan fácil transferir la reputación a un hombre nuevo, se refugian en todas las reliquias que ha dejado tras de sí el desaparecido. Una ciudad, por ello, que acaba de escapar de la tiranía no tendrá jamás segura su libertad, si no extirpa toda la raza y toda la progenie del tirano. Aquí hablo sólo de los varones, porque en cuanto a las mujeres habrá que distinguir según los casos y según sus condiciones y las de la ciudad.

150. Ya he dicho anteriormente que los Estados no adquieren seguridad haciendo caer cabezas, porque las de los enemigos se multiplican como las de la hidra legendaria; sin embargo, hay también casos en los cuales los Estados han sido construí-dos y afirmados con sangre, lo mismo que los edificios con argamasa. La distinción entre ambos casos no es, empero, algo que pueda fijarse por medio de reglas, sino que ha de entregarse a la prudencia y discreción de quien deba hacerla.

Í151. No está en mano de todo el mundo elegir la posición y los negocios según su gusto, sino que, [**52 FRANCESCO GUICCIARDINI**] a menudo, es preciso entregarse a aquella actividad que te señala la suerte y que se halla de acuerdo con la clase a que se pertenece por nacimiento; por eso, toda la virtud consiste en hacer bien y adecuadamente aquello que cada uno tiene que hacer. Lo mismo que en una comedia no recibe menos alabanzas el que representa bien la persona de un siervo, que aquél al que se ha vestido con los atributos de la realeza, así también toda persona puede adquirir honores y hacerse acreedor a alabanzas desarrollando la actividad que corresponde a su posición.

152. Toda persona sea ella quien quiera que sea, comete errores en este mundo, errores de los que nacen daños mayores o menores según los casos y accidentes que de ellos se sigan; gran suerte tienen, por eso, los que aciertan a errar sólo en cosas de menor importancia o en aquéllas de las que se sigue una perturbación menor.

153. Es gran dicha poder vivir de forma que no se reciban ofensas ni uno las infiera a los demás; no obstante, cuando uno se ve reducido a tal situación que es preciso ofender o padecer, debe escogerse siempre lo que más ventaja procura, ya que es también defensa legítima aquélla que se emprende para no ser ofendido uno mismo, exactamente igual que la que se realiza después de recibida la ofensa. Sin embargo, es preciso distinguir bien los casos, y no creer por temor exagerado que se está forzado a prevenir, ni querer justificar la violencia alegando este temor por [*DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL* **53**] pasión o malignidad, allí donde no hay sospecha alguna.

154. Con toda su grandeza, la casa de los Médicis tiene hoy más dificultades en conservar su posición en Florencia, que las que tuvieron para adquirirla sus antepasados, ciudadanos particulares todos ellos. La razón de ello consiste en que entonces la ciudad no había gustado la libertad ni la vida sin trabas, habiendo estado, al contrario, siempre en manos de unos pocos; por ello mismo, la opinión pública no era enemiga automáticamente de las personas que regían el Estado, importándole poco ver a éste en manos de los unos o de los otros. _ Ahora, en cambio, la memoria del régimen popular ininterrumpido de 1494 a 1512 ha penetrado tanto en el pueblo, que, a excepción de unos pocos que esperan que un Estado autoritario les brinde la ocasión de poder oprimir a los demás, el resto es enemigo de quien es dueño del Estado, pareciéndole que le ha quitado algo que le pertenece.

155. Que no piense nadie en Florencia poder llegar a cabeza del Estado si no es de la línea de Cosme, la cual, a su vez, tiene necesidad también de la influencia papal para sostenerse. Ninguna otra persona, sea quien sea, tiene suficientes raíces y bastantes partidarios para poder pensar en ello, a no ser que fuesealzada por un movimiento popular que necesite jefes políticos, como le aconteció a Pedro Soderini; por ello, el que aspire a llegar a tan altas posiciones y no sea de la familia de los Médicis, debe amar el régimen popular.

[54 [FRANCESCO GUICCIARDINI]

156. Las inclinaciones y las opiniones del pueblo son tan falaces y tan determinadas a menudo más por las circunstancias que por la razón, que quien construye su vida tan sólo sobre la esperanza de llegar a ser grande por el pueblo, da muestra de poseer poco juicio, ya que el acertar aquí es más bien fruto del acaso que la prudencia.

157. Quien en Florencia no tenga condición para llegar a ser cabeza del Estado, es necio si se compromete tanto con el régimen que llegue a identificarse su suerte personal con la de este último, pues no hay duda que la pérdida es, sin comparación, mucho mayor que la ganancia. Tampoco debe correrse el riesgo de tener que refugiarse en el exilio, porque no siendo nosotros jefes de facción como lo son los Adorni o los Fregosi en Génova, ninguno se nos acercará para socorrernos, de suerte que viviremos fuera sin reputación ni bienes y teniendo necesidad de mendigar la existencia. Ejemplo suficiente de ello, para quien lo recuerde, es el de Bernardo Rucellai; estas mismas razones deben aconsejarnos contemporizar y mantener con el que sea jefe del Estado relaciones tales que no tenga motivo para tenernos por enemigos o sospechosos.

158. Por mi parte, yo estaría dispuesto a procurar la transformación de los Estados que no me agradan, siempre que pudiese transformarlos por mí sólo; pero cuando me recuerdo que es preciso ir en compañía con otros, y la mayoría de las veces con necios o malvados, los cuales no saben **[55]** ni callar ni obrar, no hay nada que más aborrezca que el pensar en ello.

159. Dos papas ha habido de naturaleza radicalmente diversa: Julio y Clemente. El uno de ánimo grande e incluso amplio, impaciente, precipitado, de natural abierto y libre; el otro de ánimo mediocre e incluso tímido, pacientísimo, moderado y simulador. Y no obstante, hombres de naturaleza tan contraria pueden obtener los mismos efectos con sus acciones. La razón de ello es que en los grandes maestros, lo mismo la paciencia que el ímpetu pueden dar a luz grandes cosas; porque mientras que el uno actúa contradiciendo a los hombres y forzando las cosas, el otro lo hace fatigándoles y venciendoles con el tiempo y la ocasión. Por ello, en aquellas cosas en las que lo uno perjudica, favorece lo otro, y viceversa, y quien pudiese unir ambas cualidades y utilizarlas a su tiempo, sería divino; pero, como esto es casi imposible, creo que, *ómnibus computatis*, debe ponerse más a menudo en práctica la paciencia y la moderación que el ímpetu y la precipitación.

160. Aun cuando los hombres discurran acertadamente, los efectos son, a

menudo, contrarios a lo esperado; tan incierto es el futuro. Sin embargo, ello no es razón para convertirse en juguete del acaso, tal que los animales, sino que debe caminar como hombre y con la razón; y quien es de veras sabio debe sentir más satisfacción en haber obrado por motivos razonables, aun cuando el efecto haya sido pernicioso, que en haber obrado con malas razones, aunque con buenos efectos.

[56 FRANCESCO GUICCIARDINI]

161. Quien en Florencia quiera vivir gozando del favor popular, es preciso que evite ser tenido por ambicioso, así como todo aquello que pueda indicar que desea parecer mayor o más rico o delicado que los demás, *etiam* en las cosas mínimas y en la vida diaria. Porque en una ciudad fundada totalmente sobre la igualdad y que se halla dominada por la envidia, es forzosamente necesario que sea odiada toda persona de quien se cree que pretende no ser igual a las demás o que se separa del modo de vivir común.

162. En el terreno de la economía lo principal es eliminar todos los gastos de lo superfluo; aquello, empero, en que a mi parecer consiste la mayor habilidad es en hacer los mismos gastos con mayor provecho que los demás, o, como se dice vulgarmente, cambiar cinco por seis.

163. Ten siempre muy presente que quien gana, si bien puede gastar, naturalmente, algo más que quien no gana, es locura, sin embargo, que gaste todo cuanto gana, si antes no ha constituido un buen capital, pues la ocasión de ganar no dura siempre. Y si mientras que dura no te has asegurado con ella para el futuro, una vez pasada te encuentras tan pobre como antes, y además has perdido el tiempo y el honor; porque siempre es tenido por persona de poca inteligencia la que ha tenido una excelente ocasión y no ha sabido aprovecharse bien de ella. Este recuerdo sería bueno que *lo* tuvieras siempre presente, pues en el curso [57] de mi vida he visto errar a infinidad de gentes en este respecto.

164. Mi padre decía que más honor te da un ducado que tengas en el bolsillo que diez que hayas podido gastar; sentencia muy de tener en cuenta, no para hacerse uno sórdido, sino para que te sirva de aliciente en el huir de los gastos superfluos.

165. Rarísimos son los instrumentos públicos que desde un principio son concebidos con falsía; después, empero, a medida que los hombres aprenden la malicia o se percatan andando con las cosas de lo que les sería necesario, se trata de hacer decir a las escrituras lo que el interesado querría que hubiesen dicho. Por eso, cuando se suscriben documentos sobre cosas que te importan, debes tener por norma el hacerlos transcribir y conservarlos en casa en forma auténtica.

166. En Florencia es grandísima carga tener hijas, porque es muy difícil colocarlas bien; por eso, al tomar partido para ellas sería necesario examinar con todo detenimiento la propia condición y la naturaleza de las cosas, lo cual disminuiría la dificultad, ya que ésta aumenta a menudo, bien por tener excesivo concepto de sí mismo, bien por examinar mal la naturaleza del caso. Yo mismo he visto muchas veces a padres sabios rechazar al principio bodas que, más tarde, han deseado en vano; lo cual, sin embargo, no quiere decir que uno deba envilecerse de tal manera que, al igual que Francisco Vettori, dé las hijas al primero que las pida. Es éste, en efecto, un negocio en el que [58 FRANCESCO GUICCIARDINI] además de la suerte hace falta también gran prudencia; por mi parte, conozco bien lo que sería preciso hacer, pero no sé, en cambio, si sabré aplicar debidamente este conocimiento a la práctica, una vez que se me presente la ocasión de hacerlo.

167. Nunca se tienen tan en cuenta los servicios hechos a los pueblos o a las entidades públicas, como los que se prestan a las personas individuales, pues en lo que afecta al común, nadie se tiene por servido en concreto; por esta razón, quien se afana por los pueblos y corporaciones, no debe esperar que ellos se afanen por

él si llega a hallarse en peligro o necesidad, ni siquiera que renuncien a una comodidad por razón del servicio prestado. No obstante, no hay que despreciar tanto el hacer servicio a los pueblos que llegues a perder la ocasión de prestarle alguno si se te presenta la coyuntura de hacerlo, ya que así se alcanza buena fama y reputación, cosa que merece el esfuerzo desplegado. Todo ello independientemente de que, en todo caso, la memoria del servicio prestado te ayuda también y mueve al beneficiado por él, si bien no tan ardientemente como si el servicio le hubiera sido hecho a él mismo directamente; y son tantos aquéllos a quienes afecta esta pequeña reacción, que a veces es notable, si se suma la gratitud sentida por todos.

168. No siempre se ve el fruto que aporta el realizar una obra laudable, porque muy a menudo el que no encuentra satisfacción en hacer el bien por el bien, interrumpe su obra creyendo perder [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **59**] el tiempo; quien así lo piensa incurre, sin embargo, en error y no pequeño, porque las obras laudables, aun cuando no te aportasen otra ventaja evidente, sirven siempre para difundir buena fama y opinión de ti, lo cual te rinde una utilidad increíble en muchos momentos y casos.

169. Quien tiene a su cargo un territorio combatido o asediado, debe insistir extremadamente en todos los medios que alarguen la defensa, teniendo en mucho, aun en el caso de no abrigar esperanza alguna, cualquier cosa que sirva para quitar tiempo *etiam* mínimo al enemigo; a veces, en efecto, un día o una hora más deciden de un accidente que libre a los defensores.

170. Quien hiciese juzgar a un sabio acerca de las consecuencias que podían nacer de un accidente cualquiera, y escribiese después este juicio, vería, releýéndolo al cabo de algún tiempo, que se había realizado tan poco de él como de las cosas predichas por los astrólogos para el curso del año; y es que las cosas del mundo son demasiado complejas.

171. En las cosas importantes sólo puede juzgar acertadamente el que conoce bien todos los particulares, porque a menudo una circunstancia, aunque mínima, varía todo el caso; sin embargo, he visto juzgar bien a uno que no conocía otra cosa que las circunstancias generales, y al mismo juzgar mal una vez que había tenido noticia de los detalles. Y es que quien no tiene el entendimiento [**60 FRANCESCO GUICCIARDINI**] muy perfecto y muy desprovisto de pasión, fácilmente se confunde o yerra al conocer muchos detalles.

ADICIÓN COMENZADA EN ABRIL DE 1528

172. Al juzgar acerca del futuro es peligroso tornar resoluciones basándose en alternativas: sólo dos cosas pueden ocurrir, o ésta o la otra; si ocurre esto, obraré así, y si ocurre lo otro, obraré de esta manera. A menudo, en efecto, surge un tercero o un cuarto caso, imprevisto para ti, y quedas en el aire porque te falta el fundamento mismo sobre el que basabas tu resolución.

173. Frente a males inminentes y amenazadores, máxime en cosas de la guerra, no dudes nunca poner los remedios oportunos sólo por creer que no llegarán ya a tiempo para conjurar la amenaza. Por venir las cosas con mayor tardanza de la que uno creía, bien por su propia naturaleza o por los impedimentos que han encontrado en el camino, ocurre a menudo que el remedio que has dejado de poner en práctica hubiera llegado a tiempo para neutralizar el peligro. Yo mismo he visto esto comprobado a menudo por la experiencia.

174. No dejes de hacer cosas que hayan de darte reputación, por deseo sólo de complacer o de adquirir amigos, pues a quien se le conserva o acrecienta la reputación, le corren detrás los amigos y la benevolencia; quien, al contrario, deja

de hacer aquello que debe, es estimado menos, y a quien le [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **61**] falta la reputación le faltan después los amigos y el favor.

175. Tanto más caerás en aquel extremo del que huyes, cuanto, por apartarte de él, más te retires hacia el extremo opuesto, sin saberte mantener en el justo medio; así ocurre, por ejemplo, con los gobiernos populares, los cuales tanto más caen en la tiranía cuanto, por huir de ella, más se aproximan a la licencia. Pero los nuestros de Florencia no entienden estas verdades.

176. Cuando queremos proceder contra una ley u otra cosa que nos desagrada, nuestro procedimiento tradicional consiste en poner remedio haciendo u ordenando todo lo contrario; de donde resulta que encontrando después en las nuevas disposiciones otros defectos, pues todos los extremos son viciosos, es preciso dictar nuevas leyes y ordenamientos. Esta es una de las causas que hacen que todos los días promulguemos nuevas leyes, pues procuramos más huir de los males que se nos presentan, que encontrar su verdadero remedio.

177. ¡Cuan falaz es el razonamiento de los hombres que todo el día están diciendo: si hubiese ocurrido tal cosa y no hubiese sucedido la otra, hubiera ocurrido esto y esto! Porque, si se pudiese saber la verdad, se vería que las más de las veces los efectos hubieran sido los mismos, aun cuando las cosas que se supone que podían haber variado hubieran ocurrido efectivamente de otra manera.

[**62**]

178. Cuando gobiernan los malvados y los ignorantes, nada tiene de extraño que ni a la virtud ni a la bondad se les rinda pleitesía; los primeros, en efecto, odian a ambas, y los segundos no las conocen.

179. Buen ciudadano lo es y en medida suficiente el que es celoso del bien de la patria y extraño a todas las cosas que pueden perjudicar a un tercero, siempre que no desprecie la religión y observe buenas costumbres. La bondad superflua de los nuestros de San Marcos, o es a menudo hipocresía, y aun cuando no sea simulada, no sólo es excesiva para un cristiano, sino que no ayuda en nada al provecho de la ciudad.

180. Erraron los Médicis el querer gobernar al Estado en muchas cosas de acuerdo con los principios de la libertad, dando amplitud, por ejemplo, al sufragio, concediendo personalidad a cada uno, y ordenando cosas semejantes; porque no pudiendo sostenerse un Estado autoritario en Florencia más que con el apoyo cálido de pocos, estos procedimientos ni les conquistaban la opinión pública, ni les servían para hacerse con un grupo incondicional de partidarios. Es un error que la libertad quiera organizarse según los principios del Estado autoritario, máxime excluyendo de sus derechos a una parte de la ciudad; porque la libertad no puede mantenerse más que con la satisfacción universal, y un régimen popular no puede imitar en todas [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **63**] las cosas a un Estado autoritario, y es locura imitarlo en aquellas que lo hacen odioso, y no en las que lo hacen bienquisto.

181. *O ingenia magis acris quam matura*, dijo el Petrarca y con razón de los ingenios florentinos, pues su propiedad natural es tener más bien condiciones de viveza y agudeza que de madurez y gravedad.

SEGUNDA SERIE

1. Aquello que dicen las personas de espíritu, que quien tiene fe lleva a cabo cosas grandes, o, como dice el Evangelio, que la fe mueve los montes, tiene su razón de ser en que la fe produce obstinación. Fe no es otra cosa que creer con opinión firme y casi con certeza las cosas que no son razonables, o bien, si son razonables, creerlas con más resolución de la que la razón te induce a tener. Quien, de consiguiente, tiene fe, se hace obstinado en aquello que cree, y avanza por su ruta intrépido y resuelto, despreciando las dificultades y los peligros y dispuesto a soportar toda adversidad. De donde resulta que estando sometidas las cosas del mundo a mil circunstancias y accidentes, es posible, a lo largo del tiempo, que por mil caminos distintos venga ayuda inesperada a aquél que ha perseverado en su obstinación; y como la fe ha sido causa de la obstinación, se dice fundadamente que quien tiene la fe, etc. En nuestros días nos suministra un gran ejemplo de ello la obstinación de los florentinos, los cuales habiéndose puesto a resistir a despecho de todo razonamiento contra las fuerzas del papa y del emperador, sin esperanza alguna de socorro, desunidos y con mil dificultades, han mantenido ya siete meses ante sus muros a los ejércitos enemigos, a los cuales nadie hubiera creído que hubieran podido resistir siete días, conduciendo de tal suerte las cosas, que si llegasen a vencer, nadie podría maravillarse de ello, pese a que en un principio todo el mundo los juzgaba **[68]***[FRANCESCO GUICCIARDINI]* perdidos. Y es esta obstinación la que ha causado en gran parte la fe de no poder perecer, según la predicción de fray Jerónimo de Ferrara.

2. Hay algunos príncipes que comunican a sus embajadores todos sus secretos íntegros, así como la finalidad a la que están ordenadas las negociaciones que tienen que realizar con el otro príncipe cerca del cual se hallan acreditados. Otros juzgan que es más conveniente no hacerles saber más que aquello de que se quiere persuadir al otro príncipe, para engañar al cual les parece casi necesario engañar primero al propio embajador, el cual es el medio e instrumento con el que se trata de persuadir al otro. Lo mismo ésta que la otra opinión tienen razones a su favor. De un lado, parece difícil, en efecto, que el embajador que sabe que su soberano quiere engañar al príncipe cerca del cual se halla acreditado, hable y negocie con el ardor, la eficacia y la firmeza que emplearía si creyese que las negociaciones eran sinceras y sin simulación; sin lo cual, bien por ligereza o bien por mala fe, podría descubrir los propósitos de su príncipe, cosa que le sería imposible si no los conociese. De otra parte, en cambio, acontece a menudo que cuando las instrucciones son simuladas, el embajador que las cree verdaderas, va más allá de lo que requeriría la necesidad de la cosa, creyendo que verdaderamente su soberano desea alcanzar aquel fin, y no usando por ello la moderación y consideración demandadas por el asunto, lo que de cierto hubiera hecho de haber sabido el fin verdadero de las negociaciones. Y no siendo posible dar a los embajadores propios instrucciones tan detalladas que los **[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 69]** dirijan en cada uno de los casos y momentos que puedan presentárseles, sino debiendo limitarse aquéllas, más bien, a trazar los fines generales a los que ha de tender en las diversas circunstancias la discreción del embajador, quien no tiene conocimiento de estos últimos no puede poner a su servicio el talento propio y se ve expuesto a mil riesgos y errores. Mi opinión es que quien tiene embajadores prudentes e íntegros, leales y tan afectos que no tenga para ellos objeto ponerse al servicio de otro, obrará bien comunicándoles sus pensamientos; mientras que, al contrario, cuando el príncipe no crea que sus embajadores son de esta condición, es menos peligroso no dejar traslucir sus propósitos, y hacer que la base para persuadir de una cosa a alguna persona sea, en primer término, convencer de la misma al embajador propio.

3. La experiencia nos enseña que los príncipes, incluso los grandes, tienen gran escasez de colaboradores bien calificados. Nadie se extrañará de ello siempre que los príncipes no tengan juicio bastante para saber conocer a los hombres, o cuando sean tan avaros que no les sepan recompensar; pero sí causará maravilla

que ello ocurra también a los príncipes que carecen de estos dos defectos, ya que se ve cuántos y de cuan diferente condición son los hombres que desean servir a estos últimos, y cuánto provecho sacarían de ello. No obstante, tampoco en este último caso parecerá la cosa extraña a quien considere las cosas más profundamente; porque, en efecto, el colaborador de un príncipe —me refiero al que tiene que servir en [70 FRANCESCO GUICCIARDINI] cosas grandes—, es preciso que sea de extraordinaria capacidad, y de esta clase existen poquísimos, y además necesitan ser de gran lealtad e integridad, cosas éstas aún más raras que la primera. Es decir, que si es difícil encontrar personas que tengan alguna de estas cualidades, ¡cuánto más difícil no será encontrarlas dotadas de ambas! Un príncipe prudente y que no se limitase a pensar en los problemas de cada día, saldría al paso de esta dificultad escogiendo colaboradores aún no formados, los cuales, practicando en un asunto y después en otro, se acostumbrarían a los negocios públicos y se irían poniendo a su servicio; porque si bien es difícil encontrar en una sola pieza hombres dotados con las cualidades más arriba indicadas, sí es posible irlos haciendo con el tiempo. Así puede verse que, cuando despliegan la debida diligencia, los príncipes seculares tienen más colaboradores que los papas; y es que se tiene más respeto a los príncipes seculares y más esperanza de poder permanecer a su servicio, ya que éstos viven de ordinario más que el papa y son sucedidos por personas que son casi las mismas que el desaparecido, pudiendo el sucesor fiarse fácilmente de aquéllos que han sido ya utilizados o comenzados a utilizar por sus antecesores. A todo ello debe añadirse que por ser los colaboradores de los príncipes seculares, o súbditos suyos, o, al menos, beneficiarios de cosas que se hallan bajo su dominio soberano, están siempre precisados a tenerle respeto o a temerle a él y a sus sucesores. Todas estas razones caen por su base, en cambio, cuando se trata de los pontífices, pues éstos, por ser de vida breve, no tienen bastante tiempo para formar hombres [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 71] nuevos; tampoco se da en ellos la razón de poder fiarse de los que estuvieron al servicio de sus antecesores; sus servidores son súbditos de países distintos y disfrutan el beneficio de cosas que se hallan fuera de las manos del príncipe y de sus sucesores, y, finalmente, no temen al nuevo pontífice, ni tienen esperanza de continuar a su servicio. Por todo lo cual, hay el peligro de que los servidores de los papas sean más infieles y menos afectos al servicio de su señor, que los que sirven a un príncipe secular.

4. Si los príncipes, cuando bien les parece, tienen poco o nada en cuenta a sus servidores, despreciándolos o desembarazándose de ellos por cualquier interés personal, por mezquino que sea, ¿cómo puede indignarse o lamentarse un señor, si los servidores —siempre que no falten a lo debido a la lealtad y al honor—, le abandonen o acepten el servicio que más redunde en su provecho?

5. Si los hombres fuesen suficientemente discretos y agradecidos, todo señor debería aprovechar cuantas ocasiones se le ofrecen para beneficiar en lo posible a sus servidores; pero dado que la experiencia enseña —y yo lo he visto en mis mismos servidores— que éstos tan pronto como tienen bastante o como le es imposible al señor tratarles tan bien como en el pasado, le abandonan sin escrúpulos, todo el que piense en su provecho deberá proceder con mano dura, comportarse con ellos más bien parca que magnánimamente y mantenerlos junto a sí más con esperanzas que con realidades. Para poder engañarles con la esperanza, basta [72 [FRANCESCO GUICCIARDINI] beneficiar a alguno con largueza en una o varias ocasiones, pues en los hombres pesa más la esperanza que el temor, y más les contenta y afianza el ejemplo de uno a quien ven recompensado, que les espanta el ver ante sus ojos muchos mal tratados.

6. Es un gran error hablar de las cosas del mundo indistinta y absolutamente, y, por así decirlo, en forma de axioma, pues casi todas ellas muestran distinciones y excepciones por la variedad de las circunstancias, a todas las cuales no es posible aplicar una misma medida; y estas distinciones y excepciones no se encuentran escritas en los libros, sino que es preciso que las

enseñe la discreción propia.

7. Ten muy en cuenta al hablar, no decir nunca sin necesidad cosas que referidas pudieran desagradar a otros; porque a menudo pueden venir tiempos o circunstancias imprevistas en los que estas palabras te perjudiquen grandemente a ti mismo. Ten esto muy presente, te digo, pues muchos *etiam* prudentes yerran en este punto, y es muy difícil evitarlo; pero si la dificultad es grande, mucho mayor es el fruto que de ello recoge el que observa esta máxima.

8. Cuando la necesidad o la ira os lleven a injuriar a otro, procura, al menos, no decir nada que injurie a otro que a él. Así, por ejemplo, si quieres injuriar a una persona en concreto, no digas nada contra su patria, su familia o su cónyuge, pues es [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **73**] locura grande injuriar a muchas personas queriendo ofender a una sola.

9. Lee a menudo y considera atentamente estos recuerdos, pues es más fácil conocerlos y comprenderlos que observarlos; y esto último se facilita convirtiendo su lectura en un hábito tal que se tengan siempre frescos en la memoria.

10. Que nadie confíe tanto en el talento natural para creer que éste baste sin lo accidental de la experiencia. Todo el que ha tenido negocios públicos en sus manos sabe, por muy inteligente que sea, que con la experiencia se llega a muchas cosas, a las cuales es imposible que pueda llegar por sí solo el talento natural.

11. No os quite de hacer beneficios a los hombres la ingratitud de muchos; pues además de que el hacer beneficios por sí mismo y sin otro objeto es ya cosa generosa y casi divina, hay veces que haciendo beneficios se encuentra uno a veces una persona tan agradecida, que ella sola compensa la ingratitud de los otros.

12. Casi todas las naciones tienen los mismos proverbios o muy semejantes, aunque expresados con distintas palabras. La razón de ello ha de verse en que los proverbios nacen de la experiencia o verdadera observación de las cosas, las cuales son en todas partes las mismas o muy semejantes.

13. Quien quiera conocer cuáles son los pensamientos de los tiranos, lea a Cornelio Tácito en el [**74 FRANCESCO GUICCIARDINI**] pasaje en que nos refiere la última plática entre Augusto agonizante y Tiberio.

14. No es que sea lo más precioso del mundo tener amigos, pero no dejes de hacerte con ellos siempre que puedas; porque los hombres vuelven a encontrarse a menudo, y los amigos ayudan y los enemigos perjudican, en tiempos y lugares que uno no hubiera esperado jamás.

15. Al igual que todos los hombres, también yo he deseado honores y bienes, habiendo conseguido muchas veces ambos en mayor proporción de lo que lo había deseado y esperado; sin embargo, nunca he encontrado en ellos aquella satisfacción que me había imaginado, experiencia ésta, que de considerarla detenidamente, sería razón potentísima para arrancar de los hombres las vanas apetencias.

16. Si se desean las grandezas y los honores, ello es porque cuanto hay de hermoso y de bueno en ambos, aparece hacia el exterior y se halla esculpido en su superficie, mientras que las molestias, las fatigas, los fastidios y los peligros, están ocultos y no se ven. Si estos últimos inconvenientes apareciesen como aparecen las ventajas, no habría razón ninguna para desearlos, a no ser una, la de que cuanto más honrados, reverenciados y adorados son los hombres, tanto más parece que se aproximan y se asemejan a Dios; ¿y quién no habría que quisiese para sí esta semejanza?

17. No creas a aquellos que afirman haber dejado los negocios públicos y la grandeza voluntariamente [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **75**] y tan sólo por amor a la tranquilidad, pues la causa de ello ha sido o bien la ligereza o bien la

necesidad. Por ello nos muestra la experiencia que a casi todos, tan pronto como se les presenta un resquicio por el que poder volver a la vida anterior, abandonan sin demora la tan alabada tranquilidad, y se lanzan a la misma vida con la violencia con que el fuego hace presa en las cosas combustibles y oleosas.

18. A quien vive bajo un tirano le enseña muy bien Cornelio Tácito el modo de vivir y comportarse prudentemente, de la misma manera que enseña a los tiranos la manera de cimentar la tiranía.

19. Es imposible realizar las conjuras sin ayuda de otros, y a ello se debe que sean tan peligrosas; porque siendo la mayoría de los hombres o imprudentes o malvados, es grande el riesgo de marchar en compañía de personas de tal especie.

20. No hay cosa más contraria a quien tiene el propósito de que sus conjuras tengan un éxito feliz, que querer afianzarlos extraordinariamente y darles una certeza de triunfo casi absoluta; porque quien quiere hacerlo así, necesita implicar a más personas en la empresa, lo mismo que precisa más tiempo y más oportunidad, caminos todos los más seguros para que se llegue a descubrir la conjura. Ello muestra hasta qué punto son éstas peligrosas, ya que las cosas que en otros casos aportan seguridad, en éste no hacen más que aumentar el riesgo. Y la razón de ello creo que consiste en que la fortuna, que tanta influencia tiene en estas empresas, **[76 [FRANCESCO GUICCIARDINI]** se irrita contra el que así se empeña en sustraerlas a su imperio.

21. He dicho y escrito ya otras veces que los Médicis fueron derrocados el año 1527 por haber gobernado en muchos aspectos según los principios de la libertad, y que creía que el pueblo podía perder la libertad por administrarla en muchas cosas según los principios del Estado. La razón de estas dos conclusiones es que el Estado de los Médicis, que era odiado por la opinión pública de la ciudad, si quería sostenerse tenía que constituirse un fundamento de partidarios suyos, es decir, de gentes que, de un lado, extrajeran bastante beneficio del Estado, y que, de otro, se considerasen perdidos e imposibilitados para permanecer en Florencia, si los Médicis eran expulsados. Y esto no podía conseguirse distribuyendo ampliamente como se hacía los honores y sinecuras de la ciudad, no queriendo casi mostrar favor alguno frente a los amigos y parientes, y tratando de demostrar igualdad con todo el mundo. Todas estas cosas llevadas al extremo contrario, son; desde luego, de censurar, pero el modo de conducta empleado no podía servir tampoco para conquistar amigos que sirviesen de sostén al Estado; y si bien placían así a la opinión pública, ello no bastaba, ya que, de otro lado, se hallaba tan enraizado en el corazón de los hombres el deseo de volver al Gran Consejo, que ninguna mansedumbre, ninguna dulzura, ni ningún favor que se hiciese al pueblo bastaba para acabar con él. Y los amigos, si bien se complacían en el Estado existente, no se sentían suficientemente satisfechos, que se decidiesen a correr **[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 77]** peligro alguno por él; y con la esperanza de que si se comportaban honestamente pudieran salvarse, de la misma manera que en 1494, estaban dispuestos en momentos de apuro, más a dejar a las cosas seguir su curso, que a correr riesgo alguno. En un sentido radicalmente contrario tiene que proceder un régimen de esencia popular. Siendo, en efecto, amado por la mayoría de la opinión en Florencia, y no siendo una maquinaria que se mueva hacia un objetivo cierto dirigida por uno o por unos pocos, sino cambiando de proceder día a día por la multitud e ignorancia de las gentes que la manejan, si quiere mantenerse, lo que ha de hacer es conservar el faro de la opinión, evitar en lo posible las discordias entre los ciudadanos, las cuales, aun no llegando a aniquilarle, abren el camino a las mutaciones de gobierno, y, en una palabra, proceder con justicia e igualdad; de aquí nace la seguridad de todos, que es, a su vez, seguida en gran parte por la satisfacción universal, adquiriéndose la base para el mantenimiento del régimen popular, no con pocos partidarios, que él no puede mantener, sino con infinitos amigos. Porque es imposible sostenerlo basándose en las necesidades del Estado, si no se quiere que el régimen popular se transforme en

otro de especie distinta; y esto no conserva la libertad, sino que la destruye.

22. ¡Cuántas veces se dice: si esto se hubiese hecho así o así, hubiera sucedido esta o la otra cosa! Sin embargo, si pudiesen verse efectivamente las consecuencias que hubieran traído consigo las varias acciones, uno se percataría de cuan falsos son nuestros cálculos al respecto.

[78 *FRANCESCO GUICCIARDINI*]

23. Las cosas futuras son tan falaces y se hallan sometidas a tantos accidentes, que la mayoría de las veces se engañan respecto a ellas incluso las personas dotadas de gran talento; y quien anotase sus juicios, máxime en los detalles de las mismas, pues en los contornos generales puede acertarse más a menudo, vería cuan poca es la diferencia entre ellos y los de gentes tenidas por menos inteligentes. Por eso, renunciar a un bien presente por temor de un mal futuro es locura la mayoría de las veces, siempre que el mal no sea muy cierto o inminente, o muy grande en comparación con el bien que se disfruta; a menudo ocurre, en efecto, que por temor de un algo, que después resulta engañoso, pierdes el bien cierto que podías tener.

24. No hay cosa más frágil que el recuerdo de los beneficios recibidos; por eso, trata de apoyarte sobre aquellas personas que por las circunstancias no pueden fallarte, y no sobre aquellas a quienes has hecho favores. Estas últimas no se recuerdan a menudo de los favores recibidos o los estiman menores de lo que lo fueron, o incluso piensan que les fueron hechos casi por obligación.

25. Guárdate de hacer a nadie favores que no pueden llevarse a cabo sin causar igual enojo a otros; porque quién es ofendido no olvida nunca e incluso llega a estimar la ofensa mayor de lo que ha sido, mientras que quien es favorecido no guarda memoria de ello llegando más bien a pensar que el favor fué menor de lo que realmente fué. Por ello, obrando de esta manera, y si las circunstancias [79] no influyen en otro sentido, más bien se retrocede que se avanza.

26. Los hombres deberían estimar en más la sustancia y los efectos que las ceremonias, y, sin embargo, es increíble hasta qué punto influyen sobre las personas la amabilidad y favor en las palabras; lo cual se debe a que todo el mundo cree merecer gran estima, y, por eso, se irrita tan pronto como le parece que no se le aprecia tanto como él cree serle debido.

27. La verdadera y cierta seguridad de que puedas disfrutar por lo que a otros respecta, consiste en que las cosas estén dispuestas de tal manera que los hombres no puedan perjudicarte aun cuando quieran; porque la seguridad fundada tan sólo en la voluntad y discreción de los demás es siempre falaz, tenida en cuenta la poca bondad y buena fe que se da entre los hombres.

28. Yo no sé que haya nadie a quien más desagrade la ambición, la avaricia y la molice de los clérigos que a mí; tanto porque cada uno de estos vicios es odioso en sí, cuanto porque cada uno de ellos y todos juntos convienen poco a quien hace profesión de vida dependiente de Dios, y porque son vicios tan contradictorios que no pueden darse juntos más que en individuos de naturaleza harto extraña. Sin embargo, la posición que he tenido con varios pontífices, me ha forzado a amar su grandeza por razón de mi interés; y si no fuese por esto, hubiera querido a Martín Lutero como a mí mismo, no tanto por liberarme de las leyes incultas [80 *FRANCESCO GUICCIARDINI*] de la religión cristiana en la forma en que es interpretada y entendida comúnmente, cuanto por ver cómo esta caterva de miserables era reducida a sus debidos límites, es decir, obligada a abandonar sus vicios o su autoridad.

29. He dicho muchas veces y es gran verdad, que más difícil les ha sido a los florentinos conquistar el poco dominio que tienen, que a los venecianos hacerse con su gran soberanía; y ello porque los florentinos se hallan en una región que disfrutaba de libertad, la cual es difícilísimo desarraigar, de tal suerte que a los

hombres acostumbrados a ella se les vence con gran trabajo y, una vez vencidos, se les mantiene en este estado con dificultad no menor. Además, los florentinos tienen como vecina a la Iglesia, la cual es potente y no muere jamás, de manera que si alguna vez parece decaer, al final resurge su derecho más intacto que nunca. Los venecianos, en cambio, han sojuzgado tierras acostumbradas a la servidumbre, las cuales no tienen obstinación ni para defenderse ni para rebelarse, y tienen por vecinos a príncipes seculares, la vida y la memoria de los cuales no es perpetua.

30. Quien bien lo considera no puede negar que la fortuna tiene un grandísimo influjo en las cosas humanas, pues a menudo se ve que éstas reciben impulsos decisivos de accidentes fortuitos que no está en poder de los hombres ni prever ni eludir; y si bien la prudencia y la diligencia de los hombres puede moderar muchas cosas, aquéllas no bastan por sí mismas, sino que precisan también del favor de la fortuna.

[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **81**]

31. Aquellos mismos que atribuyen todo a la prudencia y destreza, excluyendo en lo posible el influjo de la fortuna, tienen, sin embargo, que confesar al menos, que es de gran importancia que los hombres se encuentren o nazcan en épocas en las cuales son tenidas en estima la destreza o cualidad que se precian de poseer; así nos lo muestra, por ejemplo, el caso de Fabio Máximo, al cual dio tanta reputación su naturaleza meditada y vacilante, porque se halló en una clase de guerra, en la que era pernicioso el ardor y útil, en cambio, la tardanza, mientras que en otro tiempo estas cualidades hubieran podido tener efectos contrarios. Su fortuna consistió, por eso, en que su tiempo tenía necesidad de esas sus cualidades; y quien pudiese cambiar su naturaleza de acuerdo con las necesidades del tiempo, lo cual es difícil e incluso imposible, se vería tanto menos dominado por la fortuna.

32. La ambición no es nociva, y no debe tampoco vituperarse al ambicioso que desea llegar a la gloria con medios honestos y honorables; los tales son, más bien, los que llevan a cabo cosas grandes y excelsas, y el que carece de este deseo es espíritu frío e inclinado más al ocio que a la actividad. Ambición perniciosa y detestable es aquella que tiene por único objetivo la grandeza, como la que distingue por lo general a los príncipes, los cuales cuando se ven dominados por ella, no quieren sino alcanzar sus cimas haciendo caso omiso, si hace falta, de la conciencia, del honor, de la humanidad y de toda otra cosa.

[**82** FRANCESCO GUICCIARDINI]

33. Es proverbial que de las riquezas mal adquiridas no goza nunca la tercera generación. Ahora bien, si la razón de ello se debiera al vicio de origen en la adquisición, parece natural que mucho menos debería gozar estos bienes el que los ha adquirido injustamente. Ya mi padre me decía que según San Agustín la razón era que nunca hay nadie tan malvado que no haya hecho algún bien en su vida, y que Dios, que no deja sin premio ningún acto de bondad ni ningún acto de maldad sin castigo, permitía al mal adquirente como premio a sus actos de bondad, el goce en este mundo de los bienes por él detentados, a fin de castigarle más plenamente en el otro; independientemente de lo cual, y porque las riquezas mal adquiridas tienen que purgarse en este mundo, estos bienes no se trasmitían nunca a la tercera generación. Yo le respondí, que si bien no sabía si el proverbio era verdad, ya que podían alegarse en contra muchos ejemplos, era posible aducir como fundamento del mismo otra razón; la mutación natural de las cosas el mundo hace, en efecto, que donde hay riqueza renga después la pobreza, y más aún en los herederos que en el causahabiente, pues cuanto más argo es el tiempo, tanto más fácil es el cambio, además, el que ha adquirido las riquezas tiene más afección por ellas, y habiendo sabido ganarlas, sabe también la manera de conservarlas, ya que por haber sido antes pobre se guarda bien de disipar su patrimonio; los herederos, en cambio, no teniendo tanto cariño a aquello que sin trabajo se tan encontrado en

casa, educados como ricos, y no habiendo aprendido el arte de ganar, ¿qué de [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **83**] extraño puede haber en que o por dispendios o por poco gobierno dejen escapar de la mano lo que i poseen?

34. Todas las cosas que han de concluir no a impulsos de la violencia, sino por consunción, tienen vida mucho mayor de la que el hombre se imagina. Piénsese, por ejemplo, en los tísicos, los cuales, aun después de desahuciados, suelen vivir todavía, no sólo días, sino, a veces, semanas y meses; lo mismo puede decirse de una ciudad que hay que conquistar por asedio, donde todos se engañan acerca del tiempo que pueden durar las vituallas.

35. ¡Cuán distinta es la práctica de la teoría! ¡Cuántos son los que conociendo bien las cosas no aciertan a tener presente este conocimiento o no saben ponerlo en acción! A los hombres de esta última condición de nada les sirve su inteligencia de las cosas, porque se encuentran en el caso de quien tiene un tesoro en un arca, pero con la obligación de no sacarlo nunca de ella.

36. Quien pretenda adquirir el favor de los hombres, deberá procurar siempre que se le demande algo no negarse rotundamente a hacerlo, sino contentar al solicitante con frases generales; porque es posible que, a veces, a este último no le convenga después lo que pedía de ti, como es también posible que se presenten impedimentos que hagan naturalísima y satisfactoria tu excusa. A más de que muchos hombres carecen de ingenio y se dejan engañar con las palabras, de suerte que, *etiam* no haciendo lo que no quieres o no puedes [**84 FRANCESCO GUICCIARDINI**] hacer, con la gentileza de tu respuesta logras satisfacer a los que, de haberles contestado negativamente desde un principio, se hubieran enemistado de todas maneras contigo.

37. Niega siempre lo que no quieras que se sepa, y afirma lo que quieras que se crea; pues aunque haya muchas pruebas y una certeza casi absoluta en favor de lo contrario, el afirmar o negar decididamente siembra la duda en el cerebro de quien te escucha.

38. La casa de los Mediéis, poderosísima como lo es y con dos papas, tiene más dificultad en conservar el Estado de Florencia, que la que tuvo Cosme, siendo un ciudadano particular. La razón de ello — prescindiendo de las altas cualidades que en él se daban— hay que buscarla en la condición de los tiempos aquellos, pues Cosme combatió el Estado y el poder de unos pocos, no provocando por tanto la animadversión del pueblo, que no conocía la libertad; al contrario, las gentes del estado llano y la plebe adquirirían posiciones y beneficios al amparo de las querellas entre los grandes y de cualquier mutación en la cosa pública. Hoy, en cambio, habiéndose conocido el Gran Consejo, ya no se concibe que el gobierno esté en manos de cuatro, seis, doce o veinte ciudadanos, sino del pueblo entero; el cual se siente tan vinculado a aquella libertad, que no hay que esperar que la olvide, pese a todas las dulzuras, la buena administración y la exaltación de la opinión pública de que hacen uso los Médicis y otros grandes.

[DE LA VIDA POLÍTICA CIVIL **85**]

39. Nuestro padre tuvo hijos de tan buenas cualidades, que en su tiempo era tenido comúnmente por el padre más feliz de Florencia; y sin embargo, muchas veces reflexionaba yo que, calculándolo todo, mayor era el trabajo que el consuelo que nosotros le aportábamos. Y si ello era así, piensa cuál será la situación del padre que tenga hijos necios, malvados o infelices.

40. Gran cosa es tener peder sobre otros. Y el que sabe usar bien de él, pone en temor a los hombres más allá de los límites a los que alcanzan sus propias fuerzas; porque el súbdito, no sabiendo hasta dónde llegan éstas, es seguro que se resolverá más bien a ceder que a probar si efectivamente puedes hacer o no aquello con lo que le amenazas.

41. Si los hombres fuesen buenos y prudentes, el que está investido de

autoridad sobre los demás debería de usar más bien la dulzura que la severidad; pero como la mayoría son o nada buenos o poco prudentes, es preciso apoyarse, más bien, en la severidad, y quien crea otra cosa yerra lastimosamente. Confieso de buen grado que quien pudiese mezclar y combinar la una con la otra, alcanzaría admirable equilibrio y armonía suavísima e inigualada; pero el poder hacerlo así es un don que el cielo concede a pocos, e incluso quizás a ninguno.

42. No tengas más interés en disfrutar del favor de las gentes que en tener reputación, pues perdida la reputación pierdes también el favor, y en lugar **[86 [FRANCESCO GUICCIARDINI]** de ella viene el desprecio. Mientras que, al contrario, quien conserva la reputación no carece nunca de amigos, de favor y de simpatía.

43. En los puestos políticos que he desempeñado, he tenido siempre por norma, cuando quería resolver algún negocio entre partes interesadas por medio de conciliación, transacción, etc., no intervenir de buenas a primeras en la cuestión, sino dejar que los interesados debatieran entre sí y alargaran la cosa, porque al fin, fatigados los litigantes, ellos mismos te suplican que intervengas como compo-
nedor. Así solicitado, con reputación y sin sospecha alguna de obrar por tu propio interés, puedes llevar a cabo aquello que al principio hubieras intentado en vano.

44. Haz cuanto esté en tu mano por parecer bueno, porque ello es de provecho para infinitas cosas; pero como las opiniones falsas no duran, difícilmente conseguirás parecerlo durante mucho tiempo si en realidad no lo eres; verdad que ya me grabó mi padre mismo.

45. Alabando el ahorro, me decía también mi padre que más honor te hace un ducado en el bolsillo que diez que hayas gastado.

46. Nunca en mis puestos de gobierno me ha gustado la crueldad ni las penas excesivas, ni son tampoco necesarias; prescindiendo, en efecto, de ciertos casos en que es preciso estatuir un ejemplo, basta para mantener el terror castigar levemente **[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 87]** los delitos, si bien cuidando escrupulosamente de que se castiguen todos.

47. Cuando los conocimientos se dan en cerebros débiles, o no los mejoran o los gastan; cuando, al contrario, lo accidental coincide con buenas cualidades naturales, hace a los hombres perfectos y casi divinos.

48. No pueden mantenerse los Estados obrando de acuerdo con la conciencia; porque quien considera su origen, ve que todos tienen su base en la violencia, prescindiendo de las repúblicas, y éstas sólo en su patria y no fuera de ella. De esta regla no exceptúo a los emperadores, ni menos todavía a los clérigos, la violencia de los cuales es doble, pues nos hacen fuerza con las armas temporales y j con las espirituales.

49. No digas a nadie las cosas que no quieres que se sepan, porque hay muchas causas que mueven a los hombres a irse de la lengua: la majadería, el provecho y la vanidad de parecer muy enterados; y si tú sin necesidad has comunicado un secreto a otro, no debe maravillarte si éste, a quien importa menos que se sepa o no, hace lo mismo.

50. No te afanes en conseguir mutaciones que no han de cambiar las cosas que te desagradan, sino sólo los rostros de los hombres, porque el resultado es seguir con igual descontento. ¿Qué importa, por ejemplo, arrojar de casa de los Médicis a Juan de Popi, si en su lugar va a venir Bernardo da **[88 [FRANCESCO GUICCIARDINI]** San Miniato, hombre de las mismas cualidades y condición?

51. Quien en Florencia se esfuerza en cambiar la situación política, es poco prudente si no lo hace por necesidad o porque sea él el designado para cabeza del nuevo gobierno, pues si fracasa la empresa, se pone en peligro él mismo y cuanto posee, y si triunfa no se realiza nunca ni una parte mínima de lo que se había propuesto. ¿Y no es locura jugar a un juego en el que se puede perder incom-

parablemente más de lo que se puede ganar? Y lo que no es menos importante: una vez cambiada la situación, te ves embargado del temor constante de que tengan lugar nuevos cambios.

52. La experiencia nos muestra que casi todos aquellos que han contribuido a que otros adquieran grandeza, con el transcurso del tiempo quedan ellos mismos en posición harto modesta. La razón de ello, se dice de ordinario, consiste en que el que así ha sido elevado, conoce el valor del que le ha prestado apoyo y teme que un día no le quite lo que a la sazón le ha dado. No es razón de menor importancia, sin embargo, que el que ha servido a la grandeza de otro cree haber merecido tanto, que pide más de lo que le es dado, de suerte que se apodera de él el descontento, y que entre él y el príncipe surgen siempre enojo y sospechas.

53. Siempre que tú, el que me has ayudado decisiva o accidentalmente a ser príncipe, quieras que gobierne a tu manera y voluntad, o que te conceda cosas que impliquen una quiebra de mi [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **89**] autoridad, lo que haces con ello es anular por ti mismo el beneficio que me has hecho, ya que de esta suerte tratas de privarme en todo o en parte de aquello que me has ayudado a conquistar.

54. Quien tenga como cometido la defensa de territorios, debe procurar ante todo alargar cuanto pueda la situación y la contienda, porque, como dice el proverbio, mientras hay vida hay esperanza; la dilación trae siempre consigo infinitos favores de acontecimientos no esperados y no conocidos.

55. Nunca debe gastarse basándose en ganancias futuras, porque muchas veces éstas no tienen lugar o resultan menores de lo supuesto, mientras que, por el contrario, los gastos siempre se multiplican; éste es el error que ha hecho quebrar ya a muchos comerciantes que han aceptado letras para poder utilizar el efectivo y lograr así mayores ganancias, pues si éstas no tienen lugar o se dilatan, se ven agobiados por los compromisos contraídos, los cuales ni se cancelan ni disminuyen nunca, sino que continúan siempre y devoran el patrimonio.

56. La prudencia en el terreno económico no consiste tanto en evitar los gastos, los cuales son muchas veces necesarios, cuanto en gastar siempre con ventaja, es decir, gastando cinco para tener seis.

57. ¡Cuánto más felices no son los astrólogos que los demás hombres! Aquéllos con decir una sola verdad entre cien mentiras, hacen que la gente [**90** FRANCESCO GUICCIARDINI] confíe en ellos y que se les crea lo que no es verdad; éstos, en cambio, diciendo una sola mentira entre cien verdades, hacen que los demás pierdan toda fe en ellos, de suerte que no se les cree ya aunque digan la verdad. La razón de ello se halla en la curiosidad de los hombres, los cuales, deseosos siempre de conocer el futuro, y no teniendo otro modo de conseguirlo, están siempre inclinados a correr detrás de quien les dice podérselo augurar.

58. ¡Con cuánta razón dice el filósofo: *de jure contingentibus non est áterminata veritas!* Dales todas las vueltas que quieras, que cuantas más vueltas les des, tanta más verdad encontrarás en estas palabras.

59. En una ocasión dijo el papa Clemente, que temblaba frente a todo peligro, que una buena medicina para no temblar así tan ligero, era recordarse cuantas cosas semejantes habían sido temidas por él en vano; cuyas palabras no pretendo que sirvan para que los hombres no teman nunca, sino para acostumbrarles a no temer siempre.

60. La inteligencia superior al término medio es dada a los hombres para su desdicha y tormento, ya que no les sirve para otra cosa que para vivir/ con mayores trabajos y ansiedades que los que tienen aquéllos que se mueven más a ras de la tierra.

61. Bien distinta es la naturaleza de los hombres: unos viven con tantas

esperanzas, que tienen por cierto lo que no poseen; otros, en cambio, temen tanto que nunca alimentan esperanzas sobre nada [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **91**] que no tengan ya en la mano. Por mi parte, yo me inclino más a estos segundos, y quien tiene esta naturaleza se engaña menos, si bien vive con mayor tormento.

62. Los pueblos en general y todos los hombres ignorantes se dejan arrastrar más fácilmente cuando les es pintada la esperanza de adquirir algo, que cuando se les muestra el peligro de perder lo que tienen; y, sin embargo, debería ser lo contrario, ya que es más natural el apetito de conservar que el ganar. La razón de esta falacia se halla en que en los hombres puede más la esperanza que el temor; a ello se debe que es muy fácil que no teman lo que debieran temer, y que esperen, en cambio, lo que no debieran esperar.

63. Vemos siempre que los viejos son más avaros que los jóvenes, mientras que en realidad debería ser al revés, ya que teniendo menos vida por delante, debería bastarles también con menos. La razón de ello, suele decirse, es que los viejos son más tímidos; a mi entender no creo que ello sea así, porque los veo siempre más crueles, más libidinosos, al menos de deseo, si no de acto, y con más miedo a la muerte que a los jóvenes. Para mí la razón consiste en que cuanto más se vive más se acostumbra uno a ello y más se apegan **los** hombres a las cosas del mundo, por lo cual se cobran más afecciones y se dejan llevar más por ellas.

64. Antes de 1494 las guerras eran largas, las batallas poco sangrientas y los modos de expugnar [**92** FRANCESCO GUICCIARDINI] los territorios lentos y difíciles; y si bien estaba ya en uso la artillería, se utilizaba con tan poca destreza que no eran grandes las pérdidas que causaba. De todo lo cual resultaba, que quien tenía un Estado era casi imposible que lo perdiera. Vinieron los franceses a Italia, e introdujeron en la guerra tanta actividad que, hacia 1521, una vez perdida una campaña se había perdido también el Estado. Aferrándose a la defensa de Milán, el señor Próspero fué el primero que enseñó como se hacía fracasar el ímpetu de los ejércitos atacantes, de suerte que con este ejemplo les ha sido devuelta a los soberanos de los Estados la misma seguridad que tenían antes de 1494, si bien por razones diversas: entonces provenía de no poseer los hombres suficientemente el arte de atacar, ahora, en cambio, de conocer bien el arte de defenderse.

65. Quién llamó a los bagajes «impedimenta», no pudo haber encontrado expresión más certera; también tuvo razón quien inventó el proverbio de ser más difícil poner en marcha un ejército que hacer esto o lo otro, pues, en efecto, es cosa casi inacabable e infinita reunir cuantas cosas precisa éste para sus movimientos.

66. No creas a los que predicán con tanto ardor la libertad, porque de todos no hay casi ninguno que no tenga por móvil sus intereses particulares, y la experiencia muestra a menudo, y es absolutamente cierto, que si creyesen encontrar mejores perspectivas en un Estado autoritario, a él tenderían con todas sus fuerzas.

[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **93**]

67. No hay negocio ni administración en el mundo en la que se precisen más altas cualidades que en un caudillo militar, tanto por la trascendencia de las cosas a él confiadas, como porque necesita pensar y poner orden en infinitos y variadísimos problemas; es de esencia en él además que prevea con gran anticipación y que sepa poner remedio inmediatamente.

68. La neutralidad en las guerras que otros sostienen es conveniente a los que poseen fuerza bastante para no temer nada de aquél que resulte vencedor; y lo es, tanto porque se mantiene sin (esfuerzos, como porque puede servir para obtener ganancias de las conmociones de los demás. Fuera de este caso es, en cambio, actitud torpe y dañosa, pues con ella se queda a merced del vencedor y del vencido. Y la peor de todas es la neutralidad que procede no del juicio, sino de la irresolución, es decir, la actitud de quien sin acabar de resolverse a ser o no ser

neutral, se comporta de tal modo que no satisface ni siquiera a aquél que por el momento se contentaría con que se le asegurase serlo. En este último error caen más las repúblicas que los príncipes, pues su causa principal es el estar divididos los que tienen que tomar la resolución; de suerte que aconsejando el uno esto, y el otro aquello, no se ponen nunca de acuerdo el número suficiente para hacer pesar más una opinión que la otra. Esto fué justamente lo que sucedió en 1512.

69. Si observáis atentamente veréis que de época en época cambian no sólo los modos de hablar de **[94 [FRANCESCO GUICCIARDINI]** los hombres, los vocablos, las costumbres en el vestir, los estilos arquitectónicos, literarios, etc., sino, lo que es más, los gustos mismos, de suerte que un manjar que ha sido altamente estimado en un tiempo, deja de serlo en la misma proporción en otro.

70. La verdadera piedra de toque para juzgar del ánimo de los hombres es el acercamiento súbito e imprevisto de un peligro; el que sabe dominarse en momentos así, puede ser verdaderamente considerado animoso e impertérrito.

71. Si ves en marcha la decadencia de una ciudad, el cambio de un gobierno, el aumento en poder de un nuevo imperio u otras cosas semejantes, las cuales algunas veces se ven venir de manera casi cierta, cuida de no engañarte acerca del tiempo que ello pueda requerir, porque el ritmo de las cosas es por su naturaleza y por razón de múltiples obstáculos mucho más lento de lo que los hombres se imaginan, y el equivocarte en este punto puede traerte gran perjuicio; no pierdas de vista que este es un punto en el que uno yerra a menudo. Lo mismo ocurre en las cosas privadas y particulares, pero mucho más en las públicas y universales, pues éstas, por ser de mayores dimensiones, tienen movimientos más lentos y se hallan también sometidas a más accidentes.

72. No hay cosa que los hombres deban desear más en esta vida terrena y que sea más gloriosa, que ver a su enemigo tendido en tierra y a su discreción; y esta gloria la hace doble el que la **[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 95]** usa bien, es decir, el que usa de la clemencia, bastándole el haber vencido.

73. Ni Alejandro Magno, ni César, ni los otros grandes hombres alabados de la misma guisa, usaron jamás de una clemencia que a su entender podría dañar o poner en peligro los resultados de sus victorias, ya que el obrar así hubiera sido, más bien, locura, sino sólo en los casos en los cuales el usarla no menoscababa su seguridad y les hacía más dignos de admiración.

74. La venganza no procede siempre de odio o mal natural, sino que es a veces necesaria, ya que con tal ejemplo los demás aprenden a no ofenderte; y es muy justo que uno se vengue, y *tamen* no tenga rencor en su ánimo contra aquél de quien se venga.

75. Contaba el papa León, que Lorenzo de Medici, su padre, solía decir: «No olvides que quien habla mal de nosotros, no nos quiere bien».

76. Todo lo que ha sido en el pasado y es en el presente, será también en el futuro; pero los nombres y las apariencias de las cosas mudan de tal manera, que quien no tiene buena vista no las reconoce, ni sabe extraer reglas o pronunciar juicios basándose en aquella observación.

77. Cuando fui embajador en España, tuve ocasión de observar que el Rey Católico Don Fernando de Aragón, príncipe potentísimo y prudentísimo, cuando quería llevar a cabo alguna empresa nueva o misión de gran importancia, procedía a menudo **[96 [FRANCESCO GUICCIARDINI]** de tal manera, que antes de que se supiesen sus intenciones, toda la corte y sus pueblos deseaban lo que él se había propuesto, y exclamaban: ¡el rey debería hacer esto! De suerte que descubriendo sus intenciones cuando ya eran deseadas y se suspiraba por ellas, es increíble la justificación y favor que ganaban entre sus súbditos y en sus reinos.

78. Las mismas cosas que intentadas en su tiempo son fáciles de lograr y

casi nos vienen a la mano por sí, cuando son intentadas antes de tiempo, no sólo no se logran, sino que incluso hacen imposible la facilidad con que habrían de conseguirse una vez llegada su hora; no corras, por eso, furiosamente detrás de las cosas, no las precipites, sino espera, más bien, su sazón y su hora.

79. Es un proverbio peligroso, si no se le entiende justamente, el que dice: el sabio debe gozar del beneficio del tiempo; porque cuando te viene a las manos aquello que tú deseas, si pierdes la ocasión no vuelves a encontrarla de nuevo, y hay también muchas cosas en las que es necesaria la celeridad en resolverse o en actuar. En cambio, cuando te ves en asuntos difíciles o en cosas que te son enojosas, da largas y espera todo el tiempo que te sea posible, porque el hacerlo así te ilumina o te libera a menudo. Haciendo uso así de este proverbio, puede decirse que es siempre salutar; pero entendido de otra suerte, sería a menudo pernicioso.

80. Felices verdaderamente son aquéllos a quienes se les presenta más de una vez la misma [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **97**] ocasión, porque la primera vez pueden perderla o usar mal de ella, aun cuando sean prudentes, pero quien no la supiera reconocer y aprovechar la segunda vez, bien puede decirse que sería desatentado.

81. No tengas nunca una cosa futura por tan cierta, aunque te parezca segurísima, que pudien-do guardar en mano una posibilidad para el caso contrario sin obstaculizar el camino que te tengas trazado, dejes de hacerlo así; porque las cosas suceden muy a menudo tan fuera de la opinión común, que la experiencia muestra ser harto prudente el obrar de esta manera.

82. Causas insignificantes y mínimas son origen a veces de grandes catástrofes o de gran felicidad; es muy prudente, por ello, examinar y pesar bien toda cosa por muy pequeña que parezca.

83. En tiempos pasados fui de opinión, que lo que no se me ocurría al principio, no había de ocurrírseme tampoco después; reflexionando más tarde sobre ello, he visto, sin embargo, que cuanto más y mejor se piensan las cosas, tanto mejor se comprenden y se ponen en obra.

84. Si deseas actuar en ellos, no te dejes quitar los asuntos públicos de las manos, pues raro será que se te reponga en tu cargo; mientras que si te encuentras en él, una cosa traerá la otra, sin que tengas que poner de tu parte ni diligencia ni habilidad.

85. La suerte de los hombres no sólo es diversa de hombre a hombre, sino *etiam* en sí mismo, pues [**98** FRANCESCO GUICCIARDINI] uno es afortunado en unas cosas y desafortunado en otras. Yo mismo he sido afortunado en todas aquellas ganancias que se logran sin capital y con la habilidad sola de la persona, mientras que no he tenido suerte en las demás. Ha sido raro también que haya conseguido las cosas que he buscado, mientras que las que no he buscado han venido ellas mismas detrás de mí.

86. Quien está entregado a grandes negocios o el que tiende a conquistar grandeza, hará bien ocultando siempre las cosas que le son adversas y amplificando las que le son favorables. Ello es una especie de estafa, es verdad, y bastante contrario a mi propia naturaleza, pero dependiendo la carrera de los que así hacen más de la opinión de los hombres que de su verdadero mérito, ayuda a su propósito el difundir en torno a sí la fama de que las cosas les van bien, como les perjudica lo contrario.

87. Muchos más son los beneficios que te vienen de los parientes y de los amigos, y de los que ni tú ni ellos os percatáis, que los que sabes que efectivamente proceden de los mismos; raras veces, en efecto, acontecen cosas en las cuales tienes que servirte de parientes o amigos, mientras que son muchas más comparativamente aquéllas que todos los días te procura la creencia de que podrías

valerte de ellos para tus fines.

88. Lo mismo el príncipe que aquellas personas situadas en puestos públicos elevados, no sólo deben mantener secretas las cosas que es conveniente [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **99**] que no se sepan, sino, además, acostumbrarse a sí y acostumbrar a sus colaboradores a callar todas las cosas, *etiam* mínimas y que parecen insignificantes, a excepción de aquéllas, naturalmente, que es bueno que se conozcan. De esta manera, no sabiendo por las personas que te rodean ni por tus súbditos las acciones que proyectas, los hombres están siempre suspensos y casi atónitos, y todos tus pasos y movimientos, incluso los más nimios, son observados atentamente.

89. Mientras no conozco su fuente exacta, dudo mucho antes de prestar fe a las noticias verosímiles, pues hallándose éstas ya en el ánimo de los hombres, se encuentra fácilmente alguien que las finja; no se fingen, en cambio, tan a menudo las noticias no verosímiles o no esperadas, y por eso, cuando llega a mis oídos alguna de esta clase, aun no conociendo su fuente, estoy siempre más atento a ellas que a las otras.

90. Quien depende del favor de los príncipes, se halla pendiente de todo gesto y de toda mínima indicación suya, de modo que fácilmente se convierte en un muñeco de ellos, lo cual ha sido causa a menudo de grandes daños para los hombres. Es preciso, por ello, tener la cabeza bien firme, a fin de no dejarse manejar a la ligera, y para no esforzarse más que por razón de cosas sustanciales.

91. Es cosa que no ha podido entrarme nunca en la cabeza, que la justicia de Dios permita que los hijos de Ludovico Sforza gocen de la posesión del Estado de Milán, siendo así que éste lo adquirió [**100 FRANCESCO GUICCIARDINI**] rió con malas artes y que por adquirirlo causó la ruina del mundo.

92. No decid nunca: Dios ha ayudado a éste porque era bueno, y éste otro ha terminado mal porque era malo, pues a menudo se ve lo contrario. Ello no quiere decir que no exista la justicia divina, sino que sus decisiones son tan profundas, que con razón se ha escrito de ellas: *abyssus multa*.

93. En la misma medida delinque un ciudadano particular contra el príncipe y comete un *crimen laesae maiestatis* queriendo hacer lo que compete al soberano, que delinque también el príncipe y comete un *crimen laesi populi* tomando en sus manos lo que compete al pueblo y a los particulares; por eso merece ser vituperado el duque de Ferrara, el cual se ha entregado al comercio y emprendido monopolios y otros negocios, cuya realización es cosa privativa de los particulares.

94. Quien se halla en la corte de los príncipes y aspira a ser utilizado por ellos, debe procurar hallarse siempre delante de los ojos del soberano; porque a menudo surgen asuntos que te encomienda a ti si te ve, y que si no te viera, los encomendaría a otro.

95. Semejante a los brutos es aquél que no conociendo los peligros se lanza a ellos inconsideradamente; animoso, en cambio, el que conociéndolos no los teme más de lo que es menester.

96. Es proverbio antiguo que todos los hombres de talento son tímidos, porque conociendo todos los [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **101**] peligros, los temen también suficientemente. A mi entender este proverbio es falso, pues no puede ser llamado hombre de talento el que estima un peligro más de lo que en sí es necesario; hombre de talento llamo yo al que conoce el peligro y lo teme justamente lo que debe temérsele. Por eso hay más motivo para llamar hombre de talento al animoso que al tímido, y supuesto que ambos estén dotados de la misma penetración, la diferencia entre ellos radica en que el tímido hace reales todos los peligros que sabe que pueden acontecer, y supone siempre el peor de los casos, mientras que el animoso, que también conoce todos los peligros, considerando cuántos puede conjurar la destreza de los hombres, y cuántos hacen desaparecer

las circunstancias por sí mismas, no se deja abatir por todos, sino que se lanza a las empresas meditadamente y con la esperanza de que no todo lo que puede suceder ha de suceder forzosamente.

97. Cuando fué elevado al solio pontificio el papa Clemente, me decía el marqués de Pescara, que quizás nunca había visto que se realizara cosa alguna deseada universalmente. La razón de esta observación puede consistir en que los que dirigen las cosas de este mundo son de ordinario los pocos y no los muchos, y en que los objetivos de los primeros son casi siempre distintos de los segundos, produciéndose, por ello, efectos diversos de aquéllos que los muchos desean.

98. Si bien tiene afecto a las gentes de talento y tímidas, el tirano prudente no aborrece tampoco, sin embargo, a las animosas cuando las sabe [**102 FRANCESCO GUICCIARDINI**] de carácter reposado, sino que, más bien, procura tenerlas contentas. Los que le son aborrecibles son los animosos e inquietos, porque sabe que nada que haga servirá a contentarles; y por eso se ve obligado a pensar en acabar con ellos.

99. Bajo un tirano prudente, y siempre que no me tenga por enemigo, querría más ser considerado animoso e inquieto, que tímido; en el primer caso, en efecto, tratará de tenerte contento, mientras que en el segundo se creará ya desde luego seguro de ti.

100. Bajo un tirano es mejor ser amigo sólo hasta un cierto límite, que participar en sus últimos secretos; porque así, si eres hombre estimado, gozarás también tú de su grandeza, y algunas veces más que aquellos otros de los que está seguro, y en su ruina puedes esperar todavía salvarte.

101. Para salvarse de un tirano sanguinario y cruel no hay regla ni medicina adecuada, sino la misma que se da para la peste: huir de él lo más lejos y lo más pronto que se pueda.

102. El que está asediado y espera socorro publica sus necesidades y las hace más grandes de lo que son; el que no lo espera, en cambio, no quedándole otro recurso que tratar de cansar al enemigo, y quitarle para ello toda esperanza, las oculta siempre y si las hace saber es presentándolas menores de lo que lo son.

103. El tirano pone en práctica todos los recursos que pueden llevarle a descubrir los secretos de [**DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 103**] tu ánimo, lo mismo mostrándose amable platicando contigo, que haciéndote espiar por otros que por orden suya conquistan tu intimidad, redes éstas de las que es muy difícil prevenirse; por eso, si no quieres que logre su propósito, medita cada uno de tus pasos y evita con suma diligencia todo aquello que pueda descubrirte, poniendo el mismo cuidado en no dejarte traslucir que el que él pone en conseguirlo.

104. Se alaba mucho entre los hombres y es grato a todo el mundo, el ser de natural franco y abierto, o, como se dice en Florencia, «auténtico», mientras que, al contrario, se vitupera y es odiosa la simulación; en realidad, empero, ésta es muy útil a uno mismo, mientras que la franqueza aprovecha más a los otros que a sí. Sin embargo, como es imposible negar que la franqueza es una cualidad hermosa, yo aconsejaría que de ordinario se fuese abierto y sincero, usando la simulación sólo en algunos asuntos muy importantes, los cuales se presentan raras veces. De esta suerte adquirirías fama de franco y abierto y te rodearías del favor que rodea a quien posee tal carácter, mientras que, de otro lado, en las cosas más importantes extraerías provecho de la simulación, y ello tanto más cuanto que teniendo fama de no ser simulador, más fácilmente te creerían todos.

105. Aun cuando una persona tenga fama de simulador y falsario, se ve que sus engaños no por eso dejan de ser creídos algunas veces. Parece extraño el decirlo, pero es así, y yo mismo me recuerdo del Rey Católico, el cual era tenido en este [**104 FRANCESCO GUICCIARDINI**] concepto más que ningún otro hombre, y al cual, sin embargo, nunca le faltaba alguien que le creyese en sus intrigas, y que le

creyese más de la cuenta. La razón de ello debe de hallarse o en la simplicidad o en la pasión de los hombres: en ésta porque hace creer fácilmente lo que se desea, y en aquélla por falta de conocimiento.

106. Entre los asuntos de nuestra vida civil no hay otro que ofrezca más dificultades que el casar convenientemente a las hijas; y la causa de ello radica en que los hombres tienen una idea más elevada de sí de la que los otros abrigan de ellos, y por esta causa creen al principio poder penetrar en esferas que no les corresponden. Por esta razón he visto a muchos rehusar a menudo partidos que después de haber hecho experiencias, hubieran aceptado encantados. Es, por tanto, necesario medir bien las condiciones de uno y la de los otros, y no dejarse envanecer por un concepto excesivo de sí; aun cuando esto me es bien sabido, no sé como haré uso de ello, ni si caeré en el error casi común de pensar demasiado alto de mí. Sin embargo, este recuerdo no debe llevar a envilecerse tanto como lo hizo Francisco Vettori, que dio sus hijas al primero que se las pidió.

107. Es deseable no nacer súbdito, pero, sin embargo, habiendo de serlo, mejor es serlo de príncipe que de república, porque ésta oprime a todos los súbditos y no hace participar de su grandeza más que a sus ciudadanos, mientras que el príncipe es más común a todos, y tiene por súbdito lo mismo [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **105**] al uno que al otro, pudiendo todos esperar ser beneficiados o utilizados por él.

108. No hay hombre tan sabio que no incurra alguna vez en error; pero la calidad de los hombres consiste en que sus errores son menores o en cosas de poca monta.

109. Ni el fruto ni el fin de la libertad es que gobiernen todos, pues no debe gobernar más que el que es apto y lo merece; la libertad consiste en la observancia de buenas leyes y disposiciones justas, las cuales son más seguras en un régimen de libertad que bajo la potestad de uno o de pocos. Y este es el error que tanto daño causa a nuestra ciudad, pues los hombres no tienen bastante con ser libres y vivir con seguridad, sino que les hace falta además gobernar.

110. ¡Cuánto yerran los que a cada palabra traen a colación a los romanos! Para que ello tuviera sentido, haría falta tener una ciudad con iguales condiciones que la de ellos, y después conducirse también como ellos. Para aquél, en cambio, que tiene cualidades y vive en circunstancias totalmente dispares, sería tanto como querer que un burro corriese como un caballo.

111. La gente lega censura a los jurisconsultos por la diversidad de opiniones que reina entre ellos, sin considerar que ello no procede de defectos de las personas, sino de la naturaleza de la cosa en sí misma; pues no siendo posible que las leyes hayan abarcado con reglas generales todos los **[106 FRANCESCO GUICCIARDINI]** casos particulares, hay veces en las que los casos no se encuentran comprendidos dentro del derecho vigente, siendo preciso resolverlos por conjeturas, las cuales no son siempre las mismas entre los hombres. Lo mismo vemos entre los médicos, entre los filósofos, entre los jueces mercantiles y en los discursos de los que gobiernan el Estado, dándose aquí una variedad no menor que la que encontramos entre los legistas.

112. Decía micer Antonio da Venafrà, y decía bien: reunid a seis u ocho sabios, y se convertirán en otros tantos locos, pues no logrando ponerse de acuerdo, se dedican más bien a disputar sobre las cosas que a tomar una resolución sobre ellas,

113. Yerra el que cree que la ley entrega nunca una decisión al arbitrio, es decir, a la libre voluntad del juez. La ley, al contrario, nunca hace al juez dueño de dar y quitar, lo que ocurre es que como hay algunos casos que ha sido imposible que fueran determinados por la ley de una manera precisa, ella misma los remite al juicio del juez: es decir, que éste, consideradas las circunstancias y condición

entera del caso, determina en relación con él lo que le parece de acuerdo con su *sindéresis* y su conciencia. De donde se deduce que, si bien el juez no puede ser hecho responsable ante los hombres por su sentencia, sí ha de dar, en cambio, cuenta de ella a Dios, el cual sabe si ha juzgado o hecho merced.

114. Hay quienes basándose en las cosas que suceden trazan *in scriptis* reflexiones sobre el futuro, [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **107**] las cuales, cuando son hechas por quien tiene conocimientos, parecen maravillosas a quien las lee; sin embargo, son falacísimas, porque hallándose encadenada una conclusión en la otra, con una que falte, carecen de fundamento todas las subsiguientes y todo mínimo detalle que varíe hace variar también las conclusiones establecidas; por ello, no deben juzgarse las cosas del mundo a tanta distancia, sino que es preciso juzgarlas y resolverlas día a día.

115. En ciertos legajos escritos antes de 1457 encuentro que un ciudadano entendido decía ya: O bien Florencia termina con Monte o Monte terminará con Florencia. Estimaba que era necesario o que la ciudad le privase del prestigio, o que se dividiese y multiplicase tanto, que fuese imposible regirla.

116. El que gobierna un Estado no debe asustarse por los peligros que se presenten, por muy grandes, inmediatos y casi efectivos que parezcan; porque, como dice el proverbio, no es tan feo el diablo como le pintan. Ocurre a menudo que los peligros se conjuran en virtud de algunos accidentes, e incluso cuando se hacen realidad, siempre se ve que son posibles remedios y alivios que uno no hubiera podido imaginar; y este recuerdo no debes de tenerlo muy presente, que todos los días tiene aplicación.

117. Es harto erróneo el juzgar por los ejemplos, pues si no son parejos en todo y por todo de nada sirven, ya que toda diferencia por mínima que sea [**108** FRANCESCO GUICCIARDINI] puede ser causa de grandes modificaciones en el efecto, y el percibir estas diferencias, cuando son pequeñas, requiere un ojo agudo y perspicaz.

118. A quien tiene en mucho el honor, le corona el éxito todas las empresas, pues no tiene en cuenta ni trabajos, ni peligros, ni dinero. Yo mismo lo he probado en mí, y por eso puedo decirlo y escribirlo: son muertas y vanas las acciones de los hombres que no están animadas de este estímulo ardiente.

119. La falsificación de las escrituras raras veces tienen lugar al principio, sino más tarde, a medida que inducen a ello las ocasiones o la necesidad; por eso es un buen medio para defenderse de ella, tan pronto como se ha concluido el instrumento público o la escritura, sacar una copia auténtica del documento y guardarla con uno.

120. La mayoría del mal que se comete en la tierra proviene de la sospecha, pues los hombres al dudar de la lealtad de los otros, se ven precisados a prevenirse; por eso, quien les gobierna debe tener esto muy en cuenta, y estar dispuesto a hacer desaparecer las sospechas.

121. No realices innovaciones creyendo que el pueblo va a ir contigo, pues ésta es una base harto peligrosa, ya que el pueblo puede no tener valor para seguirte o incluso puede tener ideas distintas a las que tú crees. Considera el ejemplo de Bruto y Casio, los cuales, una vez asesinado César, no [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **109**] sólo no fueron seguidos por el pueblo como habían creído, sino que por temor de él hubieron de retirarse al Capitolio.

122. Considera hasta qué punto los hombres se engañan a sí mismos: cada uno tiene por nefandos los pecados que él no comete, y por ligeros, en cambio, aquellos que realiza; y esta es la regla con la que a menudo se juzga del mal y del bien, más que considerando los grados y calidad de las cosas.

123. Creo de buen grado que en todo tiempo los hombres han tenido por

milagros muchas cosas que nada tenían de tales, pero, sin embargo, es absolutamente cierto que toda religión ha tenido sus milagros; de lo cual hay que concluir que el milagro es una prueba harto débil para demostrar la verdad de una fe más que la de otra. Los milagros ponen de manifiesto sin duda el poder de Dios, pero no más del Dios de los gentiles que del de los cristianos; e incluso no sería quizás erróneo decir, que los milagros, lo mismo que los vaticinios, son secretos de la naturaleza, a cuyas causas no puede llegar nunca el intelecto de los hombres.

124. Tengo observado que en todas las naciones y casi en todas las ciudades existen devociones que causan los mismos efectos: en Florencia Santa María Impruneta provoca la lluvia o el buen tiempo, y en otros lugares he visto a la Virgen María o a los Santos hacer lo mismo. Signo manifiesto de que la gracia de Dios socorre a todo el mundo; y es quizás posible que estas cosas sean más bien causadas por las opiniones de los hombres que porque **[110]** [FRANCESCO GUICCIARDINI] en verdad tales devociones produzcan los efectos creídos.

125. Los filósofos, los teólogos y todos los que escrutan las cosas sobrenaturales o no visibles, dicen mil necedades; y es que, en efecto, los hombres están en tinieblas en este terreno, y tales indagaciones han servido y sirven más a ejercitar el ingenio que a encontrar la verdad.

126. Sería de desear poder hacer o conducir las cosas de uno en forma perfecta, es decir, de tal modo que no hubiese en ellas ni el más mínimo desorden ni la menor falta; sin embargo, es muy difícil el lograr esto, y por ello es gran error el ocuparse demasiado en conseguirlo, ya que a menudo las ocasiones huyen, mientras que tú pierdes el tiempo en pulir tu obra. A más de que cuando crees haber logrado esto último y tener en tus manos lo que pretendías, te das cuenta a menudo de no haber conseguido nada, pues la naturaleza de las cosas del mundo es tal, que es casi imposible encontrar alguna que no tenga en cada una de sus partes inconvenientes y desequilibrios, siendo, por ello, necesario, tomarlas tal y como son y tener por bueno lo que tiene menos mal en sí.

127. En el curso de las guerras he visto muy a menudo llegar noticias según las cuales hubiera podido creerse que la empresa estaba destinada a fracasar; de repente venir otras que parecían prometer la victoria, y así sucesivamente o a la inversa y en numerosos casos. Por eso, un buen caudillo militar ni se amilana ni se engríe fácilmente.

[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **111**]

128. En los asuntos políticos no es tan necesario considerar lo que la razón dice que debería hacer un príncipe, cuanto lo que se puede suponer que va a hacer, dado su carácter o costumbres; porque los príncipes no hacen a menudo lo que deberían hacer, sino lo que saben o lo que les parece que deberían hacer. Y quien obra siguiendo otros principios puede sufrir terribles equivocaciones.

129. El que una acción constituya un crimen o una ofensa, no significa que la omisión de ella signifique una buena obra o un acto de beneficencia; entre el ofender y el beneficiar, entre las acciones laudables y las vituperables hay, en efecto, una zona intermedia, que es la de la abstención del mal y de la ofensa. Los hombres no deberían decir nunca, por eso, no he hecho o no he dicho esto, porque el verdadero mérito consiste en poder decir, he hecho o he dicho esto.

130. Los príncipes han de guardarse, sobre todo, de las gentes de naturaleza descontentadiza, pues nunca podrán favorecerles ni recompensarles tanto que lleguen a estar seguros de ellos.

131. Hay una gran diferencia entre tener a los súbditos descontentos y el tenerlos desesperados. El descontento, si bien desea dañarte, no se lanza a la ligera al peligro, sino que espera la ocasión, la cual quizás no se le presente nunca; el desesperado, en cambio, busca y provoca constantemente la ocasión, y se lanza precipitadamente por el camino de la revuelta. Por eso, del descontento **[112]**

[FRANCESCO GUICCIARDINI] debes prevenirte raras veces, y siempre, en cambio, del desesperado.

132. Siempre he sido de naturaleza muy liberal y enemigo de la cicatería, de suerte que el que ha tenido que tratar conmigo no se ha visto frente a grandes dificultades. Sin embargo, me he dado cuenta de que en todas las cosas representa una gran utilidad el negociar con ventaja, es decir, negociar de tal manera que nunca se den a conocer desde un principio las últimas concesiones que uno está dispuesto a hacer, sino otras muy distantes de aquéllas, dejando llegar muy lentamente y con trabajo en el curso de las negociaciones al límite extremo. Quien así lo hace, consigue a menudo mucho más de lo que estaba dispuesto a conceder; quien negocia, en cambio, como lo he hecho yo, no tiene nunca más que aquello sin lo cual no hubiera concluido el trato.

133. Es máxima poco observada, y, sin embargo, prudentísima, saber disimular la mala disposición de ánimo frente a otras personas, siempre que ello no implique para ti daño o deshonra; porque sucede a menudo que en el futuro se te presenta ocasión de valerte de aquéllas, cosa que difícilmente podrás conseguir, si ellas conocen tu actitud a su respecto. A mí mismo me ha sucedido muchas veces haber tenido que buscar personas contra las cuales me hallaba malísimamente dispuesto, y ellas, creyendo lo contrario, o, al menos, no estando convencidas de ello, me han servido con toda diligencia.

[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **113**]

134. Todos los hombres se hallan inclinados por naturaleza más al bien que al mal, y no hay ninguno que, de no desviarle alguna otra consideración, no hiciese con más gusto el bien que el mal; no obstante, la naturaleza del hombre es tan frágil y son tan frecuentes en el mundo las ocasiones que invitan al mal, que los hombres se dejan desviar fácilmente del bien. Teniendo esto en cuenta, legisladores sabios inventaron los premios y las penas, que no son otra cosa que un medio de mantener al hombre en su inclinación natural por medio de la esperanza y del temor.

135. Si encuentras a alguien que por naturaleza esté más inclinado a hacer el mal que el bien, puedes decir con toda seguridad que no es hombre, sino bestia o monstruo, pues le falta la inclinación que es natural a todos los seres humanos.

136. Algunas veces sucede que los ignorantes realizan cosas más grandes que los sabios, y ello se debe a que el sabio se remite cuando puede más a la razón que a la fortuna, mientras que el ignorante procede a la inversa y confía más en la fortuna que en la razón, y las cosas que se abandonan a la fortuna tienen a veces finales increíbles. Los sabios en Florencia hubieran cedido a la tempestad actual; los ignorantes, en cambio, obrando contra toda razón han querido oponerse a ella, y han conseguido llevar a cabo lo que nadie hubiera creído que era capaz de realizar nuestra ciudad. A ello alude justamente el proverbio: *Audaces fortuna iuvat*.

[**114** FRANCESCO GUICCIARDINI]

137. Si se fuese echando de ver de cosa en cosa el daño que causa el que los asuntos sean conducidos por manos ineptas, todo el que no sabe se esforzaría por aprender o dejaría que rigiera el que supiera más; el mal se halla, empero, en que los hombres, y más aún los pueblos, no perciben por su ignorancia la verdadera causa de los trastornos y no los atribuyen a aquel error que los ha producido, de suerte, que no percatándose cuánto mal viene de ser gobernado por quien no sabe gobernar, perseveran en el error, o bien de hacer lo que no saben, o bien de dejarse gobernar por gente inepta, equivocación de donde viene a menudo la ruina última de la ciudad.

138. Ni los ignorantes ni los sabios pueden en último término oponerse a lo que tiene que ser; por eso, jamás leí cosa que estuviese mejor dicha que aquella de: *Ducunt volentes, nolentes trahunt*.

139. Es cierto que los cuerpos políticos son mortales como lo son los hombres, pero la diferencia estriba en que los hombres, por ser de materia corruptible, aunque se conduzcan ordenadamente tienen que morir, mientras que los cuerpos políticos no perecen por defecto de su materia, la cual se renueva sin cesar, sino por mala fortuna o por mal gobierno, es decir, por las decisiones erróneas que a veces toman los que los rigen. El perecer por mala fortuna tan sólo es cosa rara en extremo, pues siendo los cuerpos políticos entes robustos y de gran resistencia, es preciso que la violencia sea extraordinaria e irresistible para abatirlos. La [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **115**] causa de su ruina, son, por eso, casi siempre, los errores de los gobernantes, de tal suerte, que si un cuerpo político fuese bien gobernado, es posible que fuese eterno, o al menos, tendría vida mucho más larga sin comparación con la que ahora suelen tener.

140. Quien dice pueblo, dice, en verdad, animal necio, lleno de mil errores y de mil confusiones, sin gusto, sin complacencia y sin estabilidad.

141. No te maravilles de que no se conozcan las cosas sucedidas en edades pasadas o las sucedidas en regiones o lugares remotos; porque si bien se considera, tampoco se tiene noticia verdadera de las cosas del presente, ni siquiera de las que tienen lugar diariamente en una misma ciudad, y a menudo hay una niebla tan densa y un muro tan espeso entre el palacio y la plaza pública, que la mirada humana no puede atravesarlos, y por eso, tanto sabe el pueblo de lo que hace el que gobierna o de las razones por las que lo hace, como de las cosas que suceden en la India; y a ello se debe que el mundo se vea lleno con tanta facilidad de noticias erróneas y vanas.

142. Una de las mejores cosas que pueden suceder a los hombres es tener ocasión de mostrar que lo que llevan a cabo movidos por su propio interés, lo hacen en realidad por causa del bien público. Esto es lo que hizo gloriosas las empresas del Rey Católico, las cuales, hechas siempre por razones de seguridad o de grandeza propias, parecían [**116 FRANCESCO GUICCIARDINI**] muy a menudo realizadas o por aumentar la fe o en defensa de la Iglesia.

143. A mi entender, todos los historiadores, sin excepción, han errado al no fijar por escrito muchas cosas conocidas en su tiempo, dándolas, sin más, por supuestas. A ello se debe que hoy echemos de menos muchos pormenores en la historia de los romanos, de los griegos y de todos los demás pueblos: así, por ejemplo, sobre la autoridad y diversidad de los magistrados, sobre los órdenes del gobierno, sobre la organización de la milicia, sobre las dimensiones del cuerpo político y muchas otras cosas semejantes, las cuales eran de sobra conocidas en los momentos en que los historiadores escribían y que éstos omitieron por tal motivo. Si hubiesen considerado, empero, que con el tiempo los Estados desaparecen, y se pierde la memoria de las cosas, y que la historia se escribe justamente para conservar esta última, hubieran mostrado más diligencia en transmitirnos tales detalles, a fin de que el que naciera en edades futuras tuviera todas las cosas ante sí como si hubiera sido su coetáneo, que es el objeto propio de la historia.

144. Al llegar la noticia de que los venecianos habían concluido un pacto con el Rey de Francia contra el Rey Católico, me dijo Almazano, secretario de este último, que en Castilla había un proverbio que decía que la cuerda se rompe siempre por lo más flojo, el cual quiere decir en sustancia que las cosas caen al fin sobre el más débil, y ello porque los hombres no proceden con la razón ni con la inteligencia, sino buscando cada uno su [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **117**] provecho, por lo cual todos se ponen de acuerdo en hacer padecer a quien tiene menos fuerza y, por ello, inspira menos temor. Por eso, quien tiene que negociar con otros más poderosos que él no debe perder de vista este proverbio que siempre es máxima acertada.

145. Ten por cierto que, si bien la vida del hombre es breve, quien sabe, sin embargo, hacer capital con el tiempo y no lo dilapida vanamente, hace que el

tiempo se multiplique para él; porque la naturaleza del hombre es capaz, y a quien es activo y resuelto le fructifica extraordinariamente lo que hace.

146. Gran infelicidad es llegar a una situación en que no se puede tener el bien, si primero no se tiene el mal.

147. Yerra quien cree que lo que da la victoria a las empresas es el que sean justas o injustas, pues todos los días se ve lo contrario, es decir, que no es la razón, sino la prudencia, la fuerza y la buena fortuna las que dan el triunfo. Ciertamente es, no obstante, que en quien tiene la razón nace una cierta confianza, fundada en la creencia de que Dios ha de dar la victoria a las empresas justas, y esta confianza hace a los hombres audaces y obstinados, de cuyas dos condiciones puede venir el triunfo. Es decir, que el hecho de que la causa sea justa, puede ayudar indirectamente, pero es falso que lo haga de modo directo.

148. Quien quiere terminar apresuradamente las guerras, las alarga muy a menudo; porque no **[118[FRANCESCO GUICCIARDINI]** queriendo esperar ni las provisiones que le son necesarias, ni la debida madurez en la empresa, él mismo hace difícil lo que hubiera debido ser fácil, de suerte que por cada día que ha querido ganar pierde muchas veces más de un mes; además de que ello puede ser también causa de mayores perturbaciones.

149. El que más gasta en las guerras es el que menos quiere gastar; no hay, en efecto, ninguna otra cosa que requiera mayor y más desconsiderado dispendio de dinero que la guerra, y cuanto más elevados son los aprovisionamientos, tanto más rápidamente se terminan las empresas. Al contrario acontece al que trata de ahorrar dinero, pues éste alarga la contienda, con lo cual resulta en último término que los gastos son incomparablemente mayores. No hay, por eso, cosa más perniciosa que entrar en guerra con recursos que han de vencer de plazo en plazo, si no es que aquéllos son muy elevados; pues éste es el modo, no de acabar las guerras, sino de alimentarlas.

150. No te baste para fiarte de ellas o para poner asuntos en manos de personas injuriadas por ti el saber que del negocio en cuestión, si es bien conducido, resultaría también de provecho para éstas; porque en ciertas personas puede tanto por naturaleza la memoria de las ofensas que les lleva a vengarse contra la propia conveniencia, bien porque estimen más esta satisfacción, bien porque la pasión las ciegue hasta el punto de no discernir la que redundaría en su honor y provecho. Ten siempre **[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 119]** presente este recuerdo, porque muchos yerran en este punto.

151. Ten siempre presente, como ya antes he dicho de los príncipes, no tanto lo que deberían hacer razonablemente los hombres con quienes tienes que tratar, sino lo que es de suponer que van a hacer de acuerdo con su natural y sus costumbres.

152. Ten grandísima circunspección antes de entrar en empresas o negocios nuevos, pues después hay que seguir adelante por necesidad; por no hacerlo así, sucede a menudo que los hombres se lanzan a dificultades de las que si antes hubieran sospechado sólo la octava parte, es seguro que se hubieran alejado mil leguas, pero de las que una vez embarcados no pueden ya retirarse. Esto acontece, sobre todo, en las enemistades, en la parcialidad y en las guerras, en cuyas cosas como en todas las demás nunca será suficiente la reflexión y el cuidado antes de intervenir en ellas.

153. Parece a veces que los embajadores toman el partido del príncipe cerca del cual se hallan acreditados, lo cual les hace sospechosos de corrupción o de esperanza de recompensado, al menos, de que la amabilidad y la benevolencia con que el soberano les ha tratado, les ha convertido en partidarios suyos; no obstante, el hecho puede proceder también de que teniendo siempre delante de la vista las cosas del príncipe cerca del cual se hallan acreditados, y no tan particularmente las

demás, acaban por concederles más importancia de la que en realidad merecen. El soberano propio del **[120 FRANCESCO GUICCIARDINI]** embajador, empero, que no padece este error de perspectiva y que conoce los diversos aspectos de la situación total, nota fácilmente cómo se engaña su embajador, y atribuye a veces a malignidad lo que es, más bien, fruto de una cierta imprudencia. Por eso, quien vaya de embajador debe tener todo esto muy en cuenta, pues es cosa de mucha importancia.

154. Los secretos de un príncipe son infinitos, como infinitas son también las cosas que tiene que considerar; por eso, es temeridad precipitarse a juzgar a los soberanos, sucediendo a menudo que lo que tú crees que había sido hecho por esta o la otra razón, lo había sido por una tercera totalmente distinta, o que lo que tú creías hecho al acaso o con poca prudencia, había sido hecho con toda intención y prudentísimamente.

155. Suele decirse que sólo puede juzgar bien el que tiene perfecto conocimiento de todos los particulares de la cosa; no obstante, he visto muchas veces que el que no posee un entendimiento muy agudo, juzga mejor conociendo simplemente la generalidad del asunto, que cuando le son mostrados todos los detalles del mismo. Y es que, conociendo los términos generales de la cuestión, es fácil que formule un juicio exacto, pero a medida que va conociendo todos los detalles, su entendimiento se confunde.

156. Siempre he sido de naturaleza muy resuelta y firme en todas mis acciones, y, sin embargo, tan pronto como he tomado una resolución importante, **[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 121]** me acomete una especie de pesar por haberme decidido por el lado que lo he hecho. Ello no se debe, empero, a que yo crea que si hubiera de decidirme de nuevo lo haría de otra suerte, sino al hecho de que antes de resolverme había meditado muy detenidamente las dificultades de cada posibilidad, de donde viene que, tomado ya partido, y no temiendo ya las dificultades de la parte por la cual me he decidido, se me aparecen solamente las dificultades con que me queda por combatir, las cuales, consideradas en sí mismas, me parecen mayores de lo que me parecían cuando las consideraba en comparación con las de la otra parte. De todo lo cual se deduce, que para liberarse de este tormento, es preciso representarse también en detalle las otras dificultades que han quedado eliminadas con la decisión tomada.

157. No es bueno tener fama de desconfiado y presto a la sospecha; pero, sin embargo, el hombre es tan falaz, tan insidioso, procede con artes tan indirectas e insondables, es tan afanoso de sus intereses y tan poco respetuoso de los de los demás, que no hay yerro en creer poco y en fiarse poco.

158. A cada paso pueden verse los beneficios que te reporta el tener buen nombre y buena fama, pero todos estos beneficios son nada en comparación con los que no se ven, es decir, con los que te vienen por sí y sin que tú adivines su causa, procurados todos por esa buena opinión que se tiene de ti. Por eso, habló muy verdaderamente el que dijo que más valía el buen nombre que muchas riquezas.

[122 [FRANCESCO GUICCIARDINI] 159. No condeno los ayunos, las oraciones y demás obras pías que nos son ordenadas por la Iglesia y recordadas por los monjes; pero el bien de los bienes, en comparación con el cual todos los demás son leves, es no perjudicar a nadie y ayudar a todo el mundo en lo que puedas.

160. Es cierto y bien cierto que si bien todos sabemos que tenemos que morir, todos vivimos como si estuviésemos seguros de que vamos a vivir eternamente. La razón de ello no creo que sea que nos influye más lo que tenemos a la vista e inmediato a los sentidos, que las cosas lejanas y que no se ven, pues la muerte está próxima y se puede decir incluso que la experiencia diaria hace que se nos aparezca a cada momento. Para mí la razón es que la naturaleza ha querido

que vivamos según lo que demanda el orden y marcha de esta máquina terrena, y no queriendo que ésta quede como muerta y sin sentido, nos ha dado la propiedad de no pensar en la muerte, pues si pensáramos en ella, el mundo se vería preso de inercia y torpor.

161. Cuando considero a cuántos accidentes y peligros de enfermedad, de acaso, de violencia y de mil otras fuentes diversas se halla sometida la vida del hombre, cuántas cosas es preciso que concurran en el año para que sea buena la cosecha, no hay cosa que más me maraville que ver a un hombre viejo o de vivir un año fértil.

162. En las guerras y en muchos otros asuntos importantes he visto a menudo dejar de aportar los [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **123**] recursos necesarios por juzgar que llegarían tarde, sin embargo de lo cual, luego se ha percibido que hubieran llegado a tiempo, y que el haberlo omitido ha causado enorme daño. Todo ello procede de que el ritmo de la cosa es mucho más lento de lo que uno supone, de suerte que es frecuente que no tenga lugar en tres o cuatro meses lo que se creía que podía tener lugar en uno. Este recuerdo es importante y debe ser atendido debidamente.

163. ¡Cuan exacto es el dicho de los antiguos: *Magistratus virum osiendit!* No hay cosa, en efecto, que más ponga al descubierto las cualidades de los nombres, que el confiarles los asuntos públicos y darles autoridad. ¡Cuántos hablan perfectamente y no saben hacer nada de ello! ¡Cuántos hay que en los lugares de reunión y en la plaza pública parecen hombres excelentes, y que situados en un puesto fracasan!

164. La buena suerte es a menudo el peor enemigo de los hombres, porque les hace con frecuencia malvados, superficiales e insolentes; por eso, es mayor prueba del valor de un hombre saber resistir a la fortuna que a la adversidad.

165. De un lado, parece que un príncipe o un señor debería conocer mejor a sus súbditos y servidores que ninguna otra persona, ya que es forzoso que pasen por sus manos muchos deseos, proyectos y acciones de estos últimos; de otro lado, empero, ocurre todo lo contrario, porque con las demás personas proceden abiertamente, mientras que con [124 *FRANCESCO GUICCIARDINI*] su soberano o su señor procuran con todo cuidado ocultar su naturaleza y sus intenciones.

166. No creas que quien se lanza de súbito sobre otro, como por ejemplo, quien invade repentinamente un territorio, pueda prever los medios de defensa que utilizará el enemigo. Porque si bien el acusador ducho en su oficio puede prever los medios corrientes de que se valdrá el reo, el peligro y la necesidad en que se encuentran los así atacados les hace discurrir procedimientos extraordinarios que es imposible que se imagine el que no se halla justamente en aquel trance.

167. No creo que haya peor cosa en el mundo que la superficialidad, porque los hombres superficiales están siempre dispuestos a adoptar toda decisión por maligna, peligrosa y perniciosa que sea; húyelos, por eso, como huirías del fuego.

168. ¿Qué me importa a mí que el que me ofende lo haga por ignorancia o por malicia? Más aún, lo primero es a menudo mucho peor, porque la malignidad tiene sus fines precisos y determinados y procede de acuerdo con sus reglas, de suerte que no siempre ofende cuanto puede, mientras que la ignorancia, no teniendo ni fines, ni reglas, ni medida, procede furiosamente y da palos de ciego.

169. Ten siempre por máxima, que lo mismo en un Estado libre, que en uno autoritario, o bajo un príncipe que te sea afecto, es imposible que hagas realidad todos tus proyectos; por eso, cuando alguno no se te logre, no te encolerices, ni quieras ter- [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **125**] minar con todo, no obstante poseer tanto que deberías sentirte satisfecho con ello.

170. Grande es la suerte de los príncipes, ya que sus faltas, aun debiendo

serles imputadas a ellos, se echan casi siempre sobre los hombros de otras personas; y ello porque de ordinario la gente cree que los errores y las ofensas de los soberanos, si bien cometidas por sí, proceden del consejo o de la instigación de los que les rodean. A mi entender, esto se debe, no tanto a que los príncipes mismos se esfuercen en hacer nacer esta opinión, sino en que los hombres suelen descargar el odio y el encono en quien se halla a menos distancia de ellos, y contra quien esperan poderse vengar más fácilmente.

171. Decía el duque Ludovico Sforza que un mismo criterio sirve para conocer a los príncipes y a las ballestas. Si la ballesta es buena o no, se conoce por las saetas que lanza, y de igual manera también la calidad del príncipe se conoce por la calidad de los hombres que envía al exterior. De aquí puede deducirse cuál sería el gobierno de Florencia, cuando en una misma época utilizó como embajadores a Carduccio en Francia, Gualterotto en Venecia, a micer Bardo en Siena y a micer Galeotto Giugni en Ferrara.

172. Los príncipes fueron establecidos no por su propio interés, sino en beneficio común, y les fueron concedidos los ingresos y utilidades, a fin de que los empleasen en la conservación de sus estados y de los súbditos; por esta razón es más **[126 FRANCESCO GUICCIARDINI]** detestable la avaricia en los príncipes que en los particulares, pues acumulando más de lo debido, se apropia para sí solo aquello de lo que ha sido hecho, no dueño, sino, propiamente hablando, exactor y dispensador en beneficio de muchos.

173. Más detestable y más perniciosa es en un príncipe la prodigalidad que la avaricia, porque no siendo posible aquélla sin despojar a muchos, es más perjudicial a los súbditos el quitarles que el no darles; y sin embargo, a los pueblos parece que les agrada más el príncipe pródigo que el avaro. La razón consiste en que aun cuando son pocos aquellos a los que da el príncipe en comparación con el número de aquellos oídos a los que quita, los cuales necesariamente tienen que ser muchos, sin embargo, como ya he dicho en otra ocasión, puede tanto más la esperanza que el temor en los hombres, que se espera más fácilmente ser de aquellos pocos a quienes es dado, que de aquellos muchos a quienes les es quitado.

174. Haz todo cuanto puedas por mantener buenas relaciones con el príncipe y con las familias gobernantes, pues aun cuando seas inocente, poseas condición tranquila y ordenada, y estés dispuesto a no afanarte en nada, a cada momento tienen lugar cosas que te fuerzan a entrar en contacto con las personas que gobiernan. Además de que la idea de que no eres grato puede perjudicarte de mil maneras.

175. Una persona con cargo de gobierno, es decir, un magistrado, debe guardarse todo lo posible de **[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 127]** mostrar odio a nadie, o de tomar venganza de ofensas que le hayan sido inferidas, pues constituye gran responsabilidad utilizar el brazo público contra las ofensas privadas; ten, más bien, paciencia, y deja pasar el tiempo, porque es imposible que no se te ofrezca ocasión de poder lograr el mismo efecto justificadamente y sin la nota de rencor.

176. Pide a Dios que te encuentres siempre allí donde se vence, pues se te alabará incluso por aquellas cosas en las cuales no has tenido parte alguna; mientras que, al contrario, si te encuentras allí donde se pierde, se te imputarán infinitas cosas en las cuales ninguna culpa tienes.

177. En Florencia y por la ineptitud de los hombres, casi siempre que uno ha causado por la violencia una perturbación de orden público, no se ha intentado castigarlo, sino que se ha tratado a porfía de asegurarle la impunidad, con tal de que deponga las armas y no prosiga por el mismo camino. Método adecuado, no para reprimir a los insolentes, sino para convertir en leones a los corderos.

178. Los negocios y las maneras de ganar dinero son óptimos cuando la gente no se ha percatado todavía de que son buenos; una vez, empero, que se ha

difundido esta creencia, dejan ya de serlo, pues dedicándose muchos a ellos la concurrencia hace que no sean ya tan buenos. Por eso, el madrugar es una gran ventaja en todas las cosas.

179. Siendo joven me burlaba del saber hacer música, del saber bailar, cantar y de todas las **[128 FRANCESCO GUICCIARDINI]** demás cosas semejantes, como del saber escribir bien, del saber montar a caballo, del saber vestir adecuadamente; en una palabra, de todo aquello que parece que da al hombre más bien ornato que sustancia. Más tarde, empero, hubiera deseado lo contrario, pues si bien es poco conveniente perder demasiado tiempo en ello, haciendo que los jóvenes se desvíen en esta dirección, sin embargo la experiencia me ha enseñado que estos adornos y el saber hacer bien cada cosa dan dignidad y reputación a los hombres *etiam* bien calificados, hasta tal punto que puede decirse que al que le faltan, le falta también alguna cosa. Además de que el ser apto en materia de distracciones abre el camino que lleva al favor del príncipe, y quien posee tales habilidades puede tener en ellas quizás principio o causa de gran provecho y elevación, pues ni el mundo ni los príncipes son como debieran, sino como son.

180. No hay mayor enemigo de una guerra que el que la comienza crea que la tiene ya ganada; porque incluso las que aparecen facilísimas y segurísimas están sometidas a mil accidentes, los cuales son tanto más fatales si le suceden a quien no se encuentra preparado para ellos ni con el ánimo ni con la fuerza. Todo lo contrario acontece cuando se entra en la guerra como si ésta hubiere de ser ardua y difícil.

181. Durante once años seguidos he estado en cargos públicos al servicio de la Iglesia y con tanto favor cerca de mis superiores y entre el pueblo, que hubiera podido haber seguido allí aún más **[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 129]** tiempo, si no hubieran tenido lugar los sucesos de 1527 en Roma y en Florencia; y durante el desempeño de mi cargo nunca vi nada que más me asegurara en él que el actuar como si nada me importase seguir en el mismo, pues partiendo de este punto de vista llevaba a cabo sin consideraciones ni sumisión a nadie lo que era exigido por mi puesto, cosa que me daba tanta reputación, que esta sola me favorecía más y con más dignidad que toda relación, amistad o habilidad que hubiera podido usar.

182. He visto casi siempre que cuando los hombres de talento tienen que resolver alguna cosa importante, lo primero que hacen es llevar a cabo una serie de distinciones, considerando dos o tres casos que pueden acontecer probablemente y fundando sobre ellos la decisión a tomar, como si tuviera que suceder necesariamente uno de dichos casos examinados. Ten en cuenta que el proceder de tal guisa es cosa peligrosa, pues a menudo, e incluso la mayoría de las veces, acontece un tercero o cuarto caso no considerado y al cual no estaba acomodada la decisión tomada. Por eso, decídetes en la forma más segura que puedas, considerando que es posible y fácil que ocurra aquello que se cree que no ha de suceder, y nunca limitándote a unos pocos casos, si no es forzado a ello.

183. No es prudente capitán el que se lanza a acciones si no es por necesidad o por saber que su ventaja es muy grande; porque se trata de cosas demasiado sometidas a los azares de la fortuna y cuya pérdida es demasiado importante.

[130 [FRANCESCO GUICCIARDINI]

184. No es que yo quiera apartar a los hombres de cambiar impresiones en común, ni de conversar juntos en grata y amable confianza; pero sí digo que es muy prudente no hablar sino por necesidad de las cosas propias, y cuando se habla de ellas, no manifestar más que lo que es necesario al asunto o a la intención que en el momento se abriga, reservándose siempre para sí y sin hablar de ello todo lo que uno esté dispuesto a hacer. Más agradable es hacer otra cosa, pero más útil el obrar así.

185. Los hombres alaban siempre en otros el gastar con largueza y el proceder en sus acciones en forma generosa y magnífica, no obstante lo cual, la mayoría de ellos observan en su conducta principios contrarios; por eso, procede de acuerdo con la posibilidad y con la utilidad honesta y razonable, y no te dejes arrastrar a obrar de otro modo llevado de las palabras y opiniones del vulgo, ni por la creencia de que vas a obtener fama y reputación entre los que, en realidad de verdad, no pueden alabar sinceramente en otros lo que ellos mismos no observan en sí.

186. No puede procederse siempre con arreglo a una máxima indistinta y rígida. Si muchas veces es inútil hablar demasiado, *etiam* con los amigos, y aquí me refiero a las cosas que deben ser mantenidas en secreto, de otro lado el hacer que los amigos se percaten de que guardas reserva frente a ellos, es el mejor camino para hacer que ellos adopten la misma actitud contigo; no hay ninguna [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **131**] cosa, en efecto, que mejor haga que se confíen a ti los demás, que el suponer que tú también te confías a ellos, de manera que no hablando a otros de tus cosas te privas de la posibilidad de saber las suyas. En esto, como en muchas otras cosas, es preciso, por eso, proceder distinguiendo la calidad de la persona, los casos y los momentos, y para ello es necesaria mucha discreción, la cual, si la naturaleza no te la ha dado, rara vez la aprenderás en medida suficiente con la experiencia, y nunca con los libros.

187. No olvides que quien se conduce al acaso, se encuentra también al fin entregado al acaso. Lo derecho es pensar, examinar y considerar detenidamente toda cosa *etiam* mínima, y procediendo así se realizan bien las cosas, aunque con trabajo. Piensa, en cambio, cómo le van al que se deja arrastrar por el curso de la corriente.

188. Cuanto más te alejes del justo medio para huir de uno de los extremos, tanto más caerás en el extremo que temes o en otro que implique un mal semejante; y cuanto más quieras extraer fruto de la cosa que gozas, tanto más pronto terminará el gozar y sacar frutos de ella; un pueblo, por ejemplo, que goza de la libertad, cuanto más quiere usar de ella tanto menos la goza y tanto más cae o en la tiranía o en un régimen que no es mucho mejor que la tiranía.

189. Todas las ciudades, todos los Estados, todos los reinos son mortales, y toda cosa termina y acaba, bien por naturaleza o bien por accidente; un [132] [FRANCESCO GUICCIARDINI] ciudadano, por eso, que asiste al fin de su patria, no debe dolerse tanto de la desgracia de ésta y tenerla por desafortunada, cuanto de la suya propia. A la patria, en efecto, le ha acaecido lo que de todas suertes tenía que acaecerle, pero desgracia verdadera es, en cambio, nacer justamente en la época en que había de tener lugar tal infortunio.

190. A los hombres que no se hallan en la posición que ellos desearían suele dárseles este consejo: mira hacia detrás y no hacia delante, es decir, mira cuánto mayor es el número de los que están peor que tú, que el de los que están mejor. He aquí una máxima muy acertada y que debería servir para hacer que los hombres se contentasen con su suerte; sin embargo, es difícil hacerlo así, porque la naturaleza nos ha colocado los ojos de tal manera que no nos es posible sin esfuerzo, mirar en otra dirección que hacia delante.

191. No puede censurarse a los hombres porque sean tardos en decidirse, pues si bien hay cosas en las cuales es necesario resolverse rápidamente, sin embargo, y de ordinario, yerra más el que se decide rápida que el que lo hace lentamente; lo que sí es de censurar es la lentitud en la ejecución, pues una vez tomada la resolución, aquélla puede decirse que perjudica siempre y que sólo beneficia por accidente. Y te lo advierto porque son muchos los que yerran aquí, bien por inercia, bien por temor a las molestias, bien por otras razones.

192. En los asuntos y negocios ten en cuenta siempre que no basta con darles el impulso inicial, [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **133**] la dirección y el

movimiento, sino que es preciso no dejarlos de la mano ni separarse de ellos hasta el fin, e incluso quien lo hace así, no creas que hace poco con llevarlos a buen término. Quien obra de otro modo, cree a veces que los asuntos o negocios están ya terminados, cuando apenas si han comenzado .o han surgido las primeras dificultades; tanta es la negligencia, la incapacidad y maldad de los hombres, y tantos los impedimentos y dificultades que presentan las cosas por naturaleza. Observa siempre este recuerdo: a mí me ha procurado a veces gran honor, de igual manera que sirve de vilipendio al que obra en contrario.

193. El que maquina contra los que se hallan en el poder debe tener muy presente no usar cartas para sus manejos, pues éstas son interceptadas a menudo y constituyen un testimonio imposible de negar; y si bien existen hoy muchos modos discretos de escribir, muchos son también los que se conocen para descubrirlos. Mucho más seguro es utilizar mensajeros que cartas, y por eso es harto difícil y peligroso a las personas particulares mezclarse en estos asuntos, en primer lugar por no tener a su disposición un número suficiente de personas, y en segundo término porque las pocas de que disponen no son nunca de fiar, ya que hay mucha ganancia y poca pérdida en engañar a los particulares para agradar al príncipe.

194. Si bien es necesario proceder con paso cauto en todas las cosas, ello no quiere decir que uno deba imaginar tantas dificultades en los asuntos que, creyendo no poder superarlas, se detenga y **[134 FRANCESCO GUICCIARDINI]** no emprenda nada; es preciso tener presente, al contrario, que actuando se hacen las cosas más fáciles, y que en el curso de la acción las dificultades se desvanecen por sí mismas. Esto es absolutamente verdad, y todo el que tiene asuntos entre sus manos lo ve día a día; si el mismo papa Clemente lo tuviera en cuenta, llevaría a término los asuntos más oportunamente y con mayor fama.

195. Quien está cerca de los príncipes y desea obtener gracias y favores para sí o para sus amigos, debe ingeniárselas para no tener que pedir a menudo directamente; al contrario, debe esperar o buscar ocasiones de proponer o introducir la petición con destreza, y una vez llegadas, aprovecharlas en seguida y no dejarlas pasar. Quien lo hace así, lleva a cabo las cosas con mucha mayor facilidad y con mucho menor fastidio del príncipe, y una vez que se ha obtenido una cosa, queda uno en mejor posición y más libre para poder obtener otra.

196. Si los hombres se percatan de que te encuentras en una situación en que la necesidad puede llevarte a que hagan de ti lo que quieran, te estiman en poco y sacan partido de ello; porque en los hombres puede más la consideración de sus intereses o su mal natural, que la razón, los méritos tuyos, las obligaciones que tengan contigo o la reflexión de que quizás te ves en esta mala condición por causa suya o por haber procurado satisfacerles; por eso, debes guardarte de llegar a este estado como te pudieras guardar de la peste. Y si los hombres tuvieran grabado en el corazón **[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 135]** este recuerdo, hay muchos en el exilio que hoy no lo estarían; porque no les favorece tanto el que hayan sido arrojados por inclinarse a éste o al otro príncipe, cuanto les perjudica que, una vez que están fuera, el príncipe dice: éstos no pueden hacer ya nada sin mí, y, de acuerdo con ello, los trata a su modo y sin consideraciones.

197. Quien tenga que negociar con los pueblos cosas para las que haya grandes dificultades u oposición, debe procurar, si el caso lo permite, separar las diversas cosas y no hablar de la segunda hasta que haya realizado la primera, pues haciéndolo así, puede muy bien suceder que los que se opongan a la una no contradigan, en cambio, la otra; mientras que si se funden y unen, todo aquél que no esté conforme con una, se ve obligado a oponerse a todas. Si hubiera tenido esto en cuenta Pedro Soderini cuando quiso volver a poner en vigor la ley del Consejo, hubiera obtenido lo que quería y hubiera estabilizado quizás así el gobierno popular. Esta misma máxima de hacer tragar las cosas amargas, cuando se puede, no en uno sino en varios bocados, tiene aplicación, a menudo, no menos en

los asuntos particulares que en los públicos.

198. Ten por seguro que en todos los negocios, lo mismo los públicos que los privados, lo más importante para llevarlos a buen término es saber el lado por el que ha de tomárselos; en un mismo asunto, por eso, el llevarle a cabo de un modo o de otro, equivale a tener éxito o no con él.

[136 FRANCESCO GÜICC1ARDINI]

199. Siempre que quieras simular o disimular frente a otros una intención, esfuérzate en demostrarles con las razones más poderosas y eficaces que sepas, que tu propósito es lo contrario, pues si los hombres creen que a ti te parece que la razón lo quiere así, se persuadirán fácilmente de que tu resolución se acomodará a lo que la razón dicta.

200. Uno de los modos de convertir en colaborador de cualquier plan tuyo a alguien ajeno a él, consiste en convertirle en cabeza de la empresa, haciendo de él, por así decirlo, autor o fautor principal. De esta manera se gana uno, sobre todo, a los hombres superficiales, pues en muchos puede tanto esta vanidad, que les conduce a importarles más ella que las consideraciones sustanciales que deben tenerse en todas las cosas.

201. Parecerá un sentencia malévola o suspicaz, pero ojalá Dios hiciese que no fuera cierta: es mayor el número de hombres malvados que el de hombres buenos, sobre todo allí donde están en juego intereses económicos o políticos; prescindiendo, por eso, de aquéllos que, por experiencia o por informes dignísimos de fe, sabes que son buenos, noerrarás nunca si negocias con todo el mundo con los ojos bien abiertos. Será bueno hacerlo de tal suerte que no recaiga sobre ti fama de desconfiado, pero sustancial es que no te fíes si no ves que puedes hacerlo.

202. Quien se venga de tal suerte que la víctima no se percata de que el mal le viene de él, no puede **[DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL 137]** decirse que se vengue por otra cosa que por satisfacer el odio o el rencor; más generoso es, por eso, vengarse abiertamente y de modo que todo el mundo sepa quién es el autor de la venganza, pues así puede interpretarse ésta no como fruto del odio o del rencor, sino de un imperativo de honor, con el fin de ser tenido por hombre que no soporta las ofensas.

203. Los príncipes deben cuidar de no conducir a sus súbditos a una situación próxima a la libertad; porque los hombres desean naturalmente ser libres, y lo corriente en cada uno es no estar contento con su posición, sino tratar siempre de avanzar por encima de aquél en que se encuentran, y estos apetitos pueden más que la memoria de la bondad del príncipe y de los beneficios recibidos de él.

204. Nada de lo que se haga puede impedir que los funcionarios roben; yo he tenido gobernadores y otros funcionarios debajo de mí, y aun cuando soy puro y estricto en este respecto, ni toda mi diligencia ni el ejemplo que yo mismo he dado han servido para nada. La razón de ello es que el dinero sirve para todas las cosas, y que en la vida actual es más estimado un hombre rico que uno bueno; y a ello contribuye además la ignorancia o ingratitud de los príncipes, los cuales soportan a los malvados y no dan mejor trato a quien les ha servido bien que a quien ha hecho lo contrario.

205. Dos veces he estado revestido de grandísima autoridad en los ejércitos en el curso de **[138 [FRANCESCO GUICCIARDINI]** empresas muy importantes, y las dos veces he sacado como conclusión que si son verdad, como en gran parte creo, las cosas que se escriben de la milicia antigua, la actual es una sombra en comparación con ella. Los caudillos no tienen ni cualidades modernas ni destreza; proceden sin arte, sin estratagemas, como quien camina a paso cansino por un camino trillado. No estuvo fuera de lugar, por eso, que cuando Próspero Colonna, jefe que era de la primera empresa, me dijo que yo no había estado todavía en

ninguna guerra, hube de responderle que me dolía que tampoco en aquélla hubiera aprendido nada.

206. No quiero discutir qué sería más conveniente a nuestros organismos, si el dejarse tratar por los médicos o no tenerlos, como hicieron durante mucho tiempo los romanos; pero sí he de decir que, o bien por la dificultad de la cosa en sí o bien por la negligencia de los médicos, los cuales sería necesario que fuesen diligentísimos y que observasen todo mínimo síntoma del enfermo, la cosa es que los médicos de nuestro tiempo no saben tratar más que los casos corrientes, y a lo más a que se extiende su ciencia es a curar unas tercianas, pero tan pronto como la enfermedad tiene algo de extraordinario, actúan a oscuras y como al acaso. Además de que el médico, por su ambición y por las rivalidades que existen entre ellos, es un bruto maligno, sin conciencia y sin respeto, y estando como está seguro de que sus errores es difícil que puedan serle castigados, con tal de exaltarse a sí mismo o de humillar al compañero, hace todos los días disección de nuestros cuerpos. [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **139**]

207. Es necedad hablar de la astrología, es decir, del arte de juzgar las cosas futuras: o la tal ciencia no es verdadera, o no se pueden saber todas las cosas necesarias para dominarla, o la capacidad de los hombres no llega a ella. La conclusión, pues, es que es pura fantasía querer saber el futuro por este medio. Los astrólogos no saben lo que dicen, y si aciertan es sólo por casualidad; hasta tal punto, que si tomas el pronóstico de un astrólogo cualquiera, y otro hecho a la ventura por otro hombre, es seguro que no se realizará menos lo augurado por éste que lo augurado por aquél.

208. La jurisprudencia ha llegado hoy a tal estado, que si en una causa figura de un lado alguna razón poderosa, y del otro la autoridad de un doctor que haya escrito algo, al juzgar se tiene más en cuenta esta última que la primera; los abogados en práctica están obligados, por eso, a leer a todo el que escribe, de manera que el tiempo que deberían utilizar en discurrir, se les consume en leer libros con fatiga del ánimo y del cuerpo, guardando ésta más semejanza con el cansancio de un mozo de carga que con el de hombres de ciencia.

209. A mi entender, la forma de juzgar de los turcos, que dictan las sentencias rápidamente y casi al acaso, es, sin embargo, menos mala que el procedimiento judicial que se utiliza comúnmente entre los cristianos; porque la cantidad de tiempo que este último requiere es tanta, que si se consideran los gastos y las perturbaciones que causa **[140 [FRANCESCO GUICCIARDINI]** a los litigantes, quizás fuera menos perjudicial una sentencia adversa dictada en el primer momento. Además de que, aun cuando las sentencias de los turcos estén dictadas al acaso, puede suponerse que la mitad serán justas, y es casi seguro que tampoco entre nosotros es mayor la proporción de ellas, bien sea por ignorancia o por malicia de los jueces.

210. Poco y bueno, dice el refrán; es imposible que quien dice o escribe muchas cosas no introduzca mucha paja en ellas, mientras que las pocas pueden estar perfectamente meditadas y concentradas; por eso, hubiera sido quizás mejor haber hecho una selección de estos recuerdos, que haber acumulado tanta materia.

211. Creo poder afirmar que hay espíritus, es decir, esas cosas que nosotros llamamos espíritus, esos seres etéreos que hablan en confianza con las personas; y lo digo porque he tenido experiencia de ello y creo poseer gran certeza al respecto. Sin embargo, qué sean los espíritus y cuáles, es cosa que estimo que la conoce tan poco el que cree saberla como el que no se ha quebrado la cabeza en ello. Esto y el predecir el futuro, como se ve que algunos lo hacen por profesión o inspiración, son potencias ocultas de la naturaleza, o bien de aquella providencia superior que todo lo mueve: manifiesta a ella, secreta a todos nosotros, y de tal manera, que la inteligencia de los hombres no puede penetrarla.

212. De las tres especies de gobierno, el de uno, el de pocos o el de

muchos, creo que en Florencia [DE LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **141**] el peor sería el de los próceres, ya que éste no es natural, ni puede ser grato, como no lo es tampoco la tiranía; además, por la ambición y las discordias, aquéllos traerían todos los males propios de la tiranía y dividirían quizás más aún la ciudad, sin que aportaran ninguno de los bienes que procura el tirano.

213. En todas las resoluciones y acciones del hombre hay razones que abogan por lo contrario, ya que no hay ninguna cosa tan perfecta que no lleve en sí alguna imperfección, ninguna tan mala que no tenga algo bueno, ni ninguna tan buena que no tenga algo malo. De donde viene que muchos permanecen suspensos, porque cualquier pequeña dificultad les enoja; y los tales son los que por naturaleza son llamados precavidos, porque toda cosa provoca en ellos precaución. El obrar así es equivocado, pues lo que hace falta es pesar los inconvenientes de cada parte y resolverse por aquella en la cual éstos parecen menores, teniendo siempre presente que es imposible tomar una decisión que sea pura y perfecta en todas sus partes.

214. Todo el mundo tiene defectos, quien más y quien menos, por lo cual no pueden durar ni la amistad, ni la servidumbre, ni la compañía, si el uno no soporta al otro. Es preciso que los dos se conozcan y que, teniendo presente que con los cambios no huye uno de los defectos, sino que vuelve a encontrarse con los mismos o quizás mayores, se dispongan a soportarse, siempre que te conformes con cosas que pueden tolerarse y que no sean de mucha importancia.

[142 FRANCESCO GUICCIARDINI]

215. ¡Cuántas cosas son censuradas que serían elogiadas, si se pudiese saber lo que hubiera ocurrido de no haber sido realizadas! ¡Cuántas, por el contrario, son alabadas que en el mismo caso se vituperarían! No debes, por eso, apresurarte a reprender o a enmendar juzgando sólo por la apariencia de las cosas; aquello mismo que se te aparece a los ojos, es preciso que lo consideres más en su esencia, si quieres que tu juicio sea verdadero y meditado.

216. En este mundo no se puede elegir la posición en que el hombre ha de nacer, ni los asuntos ni la manera en que ha de vivir; por eso, para alabar o reprender a los hombres es preciso mirar, no la posición en que se encuentran, sino la forma en que actúan dentro de ella, pues el elogio o el vituperio de los hombres debe fundarse en su comportamiento, no en la posición que ocupan; y ello lo mismo que se hace en una comedia o en una tragedia, donde para juzgar a los actores no se atiende al hecho de que uno represente la persona del rey y el otro la de un siervo, sino sólo a la manera en que la representa.

217. No evites tanto crearte enemigos o desagradar a otros, que dejes, por ello, de hacer lo que debes; porque el cumplir el hombre su deber le da reputación, y ésta aprovecha más de lo que perjudica el crearse algún enemigo. En este mundo es preciso o estar muerto, o hacer a veces cosas que ofenden tal vez a otros; pero la misma habilidad que requiere saber distribuir los favores, debe [LA VIDA POLÍTICA Y CIVIL **143**] poseerse también para saber cuándo hay que causar desagrado; es decir, causarle con razón, a tiempo, con modestia y por causas y con modos honorables.

218. Los hombres que llevan a buen término sus asuntos en este mundo son aquellos que siempre tienen ante los ojos el interés propio y que miden todas sus acciones de acuerdo con este fin; el error radica aquí en que hay muchos que no saben bien cuál es su interés, es decir, que creen que éste consiste siempre en ventajas pecuniarias más que en el honor, en saber mantener la reputación o en el buen nombre.

219. Quien ha formulado una predicción o afirmado una opinión peca de ingenuidad, si antes de ver si tienen o no éxito muda por cualquier indicio de idea y lo confiesa paladinamente; pues como ello no está en su poder y no es cosa suya el

enmendar los acontecimientos, se conserva más la reputación haciendo lo contrario. Porque desdiciéndose se pierde forzosamente la reputación, ya que, de una u otra manera, siempre sucederá lo contrario de lo que dijo al principio o de lo que ha dicho posteriormente, mientras que persistiendo en la opinión primera, cobrará fama de verídico en el caso de que aconteciere lo predicho, lo cual es siempre posible.

220. Cuando la patria se halla en manos de un tirano, creo que es deber de todo buen ciudadano procurar adquirir influjo sobre él, a fin de inducirle al bien y apartarle del mal; y muy cierto [144] es que el interés de la ciudad manda que en todo tiempo tengan autoridad los hombres de bien. Aun cuando los ignorantes y los arrebatados de Florencia lo hayan creído siempre otra cosa, ya percibirían lo que era el régimen de los Médicis, si éstos no tuvieran junto a sí más que a necios o malvados.

221. Cuando varios enemigos, los cuales solían hallarse unidos en contra tuya, entran en discordia entre sí, sería gran error que te aprovecharas de la ocasión para caer sobre uno y terminar con él separadamente, pues ello es causa a menudo de que de nuevo se unan; por ello, es preciso tener muy en cuenta la calidad del odio que ha nacido entre ellos, así como las otras condiciones y circunstancias, a fin de resolver cuál sea mejor, o lanzarse sobre uno, o permanecer tranquilo viendo cómo combaten entre sí.

[FRANCESCO GUICCIARDINI 145]

TABLA DE CORRESPONDENCIA DE LOS RECUERDOS DE LAS DOS SERIES

Serie II	Serie I				
		25	41	54	169
		26	88	55	56
1	-	27	33	56	162
2	24	28	124	57	145
3	-	29	131	58, 59	-
4	69, 137	30	-	60	115
5	39, 40	31	52	61	77
6	35, 121	32	1	62	-
7	88	33	65	63	63
8	-	34	103	64, 65	-
9	100	35	-	66	106
10	71	36	87	67	122
11	43	37	47	68	15, 16
12	-	38	154, 155	69	116
13	78	39	66	70	61
14	44	40	74	71	140
15	59	41	85	72	34
16	60	42	-	73-75	-
17	57	43	118	76	114
18	79	44	2	77	51
19	158	45	164	78	117
20	55	46	38	79	76
21	-	47	91	80	142
22	177	48	95	81	-
23	96	49	-	82	25
24	42	50	54	83	75
		51	53	84	99
		52	126	85	118
		53	127	86	130

87	73
88	48
89	144
90	104
91	107
92	-
93	94
94	134
95	89
96	90
97	30
98	82
99	-
100	83
101	82
102	-
103	81
104	45, 46
105	-
106	166
107	-
108	152
109	143
110-12	-
113	68
114-117	-

118	105
119	165
120	22
121-126	-
127	28
128	97
129	128
130	-
131	84
132	-
133	102
134	3
135	4
136-137	-
138	80
139	-
140	123
141-143	-
144	129
145	98
146-154	-
155	171
156-157	-
158	168
159-161	-
162	172

163	36
164	-
165	133
166-171	-
172	92, 93
173	72
174 , 175	37
176	146
177-181	-
182	172
183	-
184	49, 50
185	-
186	13
187	-
188	175
189-208	-
209	67
210-214	-
215	62
216	151
217-219	-
220	108
221	-